

CUADERNOS DEL MUNTRÉF
MUSEO DE LA INMIGRACIÓN

#4

ISSN 2545-6946

Benjamin BRYCE . Iván CHERJOVSKY .

Celia CODESEIRA DEL CASTILLO .

Alejandro FERNÁNDEZ . Marcelo HUERNOS .

Cecilia ONAHA . Katarzyna PORADA .

Eugenio SCARZANELLA

CUADERNOS DEL MUNTRÉF

MUSEO DE LA INMIGRACIÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL DE TRES DE FEBRERO

RECTOR EMÉRITO

Aníbal Y. Jozami

RECTOR

Martín Kaufmann

VICERRECTORA

Diana Wechsler

SECRETARIO ACADÉMICO

Martín Aiello

SECRETARIO DE INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO

Pablo Jacobkis

SECRETARIO DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA Y BIENESTAR ESTUDIANTIL

Gabriel Asprella

AGRADECIMIENTOS

Archivo Histórico de la Colectividad Japonesa en la Argentina (AHCJA)

Biblioteca Polaca Ignacio Domeyko, Buenos Aires

Benjamin Bryce

Museo del Pueblo de Asturias

Museo Histórico Regional de Gaiman

Museo Regional Trevelin

Marcelo Tomisaki

Fabio Trevor González

Eugenia Scarzanella

Las opiniones expresadas en los artículos de esta publicación son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan la posición oficial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero o del Museo de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

#4 CUADERNOS DEL MUNTREF

MUSEO DE LA INMIGRACIÓN

Benjamin BRYCE . Iván CHERJOVSKY .

Celia CODESEIRA DEL CASTILLO .

Alejandro FERNÁNDEZ . Marcelo HUERNOS .

Cecilia ONAHA . Katarzyna PORADA .

Eugenia SCARZANELLA

SUMARIO

Presentación Aníbal Y. Jozami	.7
Introducción  Trazas del mosaico cultural Marcelo Huernos	.9
<hr/>	
 Estado e inmigración en Argentina (1850-1900) Alejandro Fernández	.16
<hr/>	
 Sobre la colectividad alemana de Buenos Aires, 1880-1930 Benjamin Bryce	.26
<hr/>	
 Inmigración polaca hacia Argentina Katarzyna Porada	.38
<hr/>	
 La comunidad japonesa en la Argentina Cecilia Onaha	.54
<hr/>	

	Cesare Civita: un empresario italiano en la Argentina Eugenio Scarzanella	.68
	Cuatro teorías acerca del origen de los judíos argentinos Iván Cherjovsky	.90
	La primera colonia galesa del Chubut Celia Codeseira del Castillo	.104
	La hospitalidad empieza por casa. Asilos y hoteles para inmigrantes en la Argentina (1812-2013) Marcelo Huernos	.118

CUADERNOS DEL MUNTREF
MUSEO DE LA INMIGRACIÓN

Presentación

Aníbal Y. Jozami

Llegados a la cuarta entrega de los Cuadernos del MUNTREF, pude decir como rector emérito de la UNTREF y director general del MUNTREF que me siento muy orgulloso de ofrecer a nuestros visitantes y lectores una publicación de tan alto nivel académico. En este número, así como en los anteriores, hemos contado con la colaboración de destacados especialistas tanto de nuestro país como del exterior que se ocupan de la inmigración en la Argentina.

Resulta de vital importancia, en una época en la que se estigmatiza a las personas migrantes y refugiadas, poner de relieve las características que tuvo la inmigración en estas tierras y las formas en que nuestra sociedad fue asimilando a los recién llegados; lo que redundó en un bajo nivel de conflictos, problemas de adaptación o de reacciones xenófobas.

Es el compromiso de nuestra institución trabajar por la democratización de la cultura tanto desde los claustros académicos, nuestros museos o con la realización de BIENALSUR –una plataforma participativa incubada en nuestra universidad, pero abierta al mundo a través de una red de universidades, museos y centros culturales en más de cuarenta países de los cinco continentes, que se asocian para llevar la cultura, como un migrante, de un país a otro y fomentar el entendimiento entre las personas.

Una vez más agradezco a quienes han colaborado desinteresadamente con los artículos que conforman este cuaderno y a todo el staff que lleva adelante el museo y esta publicación.



Vivienda de "turcos", 1902. Archivo General de la Nación

Trazas del mosaico cultural

Marcelo Huernos

Siempre se tiende a mirar a las diversas colectividades como universos homogéneos sobre los cuales muchas veces tenemos una idea estereotipada. De esta forma, los prejuicios tanto negativos como positivos tiñen la complejidad de los grupos humanos y no nos permiten entrar en la riqueza cultural de la que son portadores. También las narrativas que estos grupos han hecho sobre sí mismas tienden a la hagiografía dejando de lado los conflictos, contradicciones y problemáticas que sufrieron y destacando solo los logros positivos. La Argentina, por ser el segundo destino migratorio en las Américas, ha dado un peso crucial al relato que pone el aporte de estos grupos como el componente principal de su conformación, al punto que es aceptada sin ninguna crítica ni matiz la remanida frase “los argentinos descendemos de los barcos”. Sin embargo, debemos problematizar estas narrativas para no reforzar ciertos mitos que se han construido sin el más mínimo sustento empírico y que lamentablemente son utilizados para estigmatizar o borrar a comunidades que forman parte de nuestra sociedad, lo que instala precisamente esos mitos como parte del “sentido común argentino”. En esta perspectiva entendemos que nuestra sociedad se ha configurado históricamente bajo el paradigma del mosaico cultural y que para recomponer todas las piezas que lo conforman, además de los inmigrantes transoceánicos, debemos incorporar a los migrantes de los países limítrofes, a los pueblos originarios, a los afrodescendientes y a los criollos para que el cuadro sea completo.

En este nuevo cuaderno presentamos algunos elementos que nos permiten seguir problematizando estas ideas. Quizás no se perciben a simple vista, pero traen a la mirada contemporánea grupos de los que no habíamos dado cuenta todavía.

¿Cómo llegó la Argentina a convertirse en el segundo destino migratorio de europeos en el mundo? Esta pregunta es la que Alejandro Fernández responde en su artículo, “Estado e inmigración en Argentina (1850-1900)”, haciendo foco en las políticas que el estado argentino implementó para atraer mano de obra. Si bien este no intervino en todos los aspectos que hacían a la llegada de inmigrantes, fue fundamental su acción para atraerlos. La creación de la Asociación Filantrópica en 1854, la sanción de la Ley de Inmigración en 1876 o las diferentes iniciativas para la fundación de colonias fueron decisivas para crear las condiciones que facilitaran el establecimiento definitivo.

Los diversos grupos étnicos, que en nuestro país llamamos colectividades, tratan de buscar los rasgos que les permitan identificarse como grupo ante ellos mismos y ante la sociedad receptora. Benjamin Bryce analiza el caso de los alemanes en su artículo “Sobre la colectividad alemana de Buenos Aires, 1880-1930”. Parte del presupuesto de que la colectividad es una aspiración y no algo dado y que como está en constante tensión con el entorno social suele representar a los diversos grupos que puede haber dentro de ella y reproducir las diferencias sociales entre los asociados y los dirigentes.

Hasta la finalización de la Primera Guerra Mundial, Polonia fue una nación sin estado; sin embargo, su población fue empujada a la emigración debido a los conflictos que sacudieron a la región. Katarzyna Porada indaga en su artículo “Inmigración polaca hacia Argentina” en las causas de ese movimiento a lo largo del periodo que inicia a mediados del siglo XIX hasta la finalización de la Segunda Guerra Mundial. A lo largo de su artículo va cruzando la situación polaca con la argentina para mostrar cómo se fueron conformando las oleadas

migratorias y de qué manera funcionaron las cadenas migratorias, en paralelo a las políticas de emigración fomentadas por el estado polaco surgido en 1918, como uno de los principales mecanismos de atracción e inserción de los migrantes.

Las élites que gobernaban la Argentina en el periodo de las migraciones masivas intentaron frenar la “inmigración exótica”, que para ellos eran todos los que no pertenecieran a las naciones del norte de Europa. Sin embargo, no pudieron lograr ese cometido y diversos grupos fueron llegando a nuestro país. Cecilia Onaha repasa en su artículo “La comunidad japonesa en la Argentina” más de un siglo de historia de los japoneses que se establecieron aquí. Destaca los motivos que hicieron a muchos nipones reemigrar desde otros destinos, como el Brasil, y también el interés de las élites locales en el arte japonés que finalmente llevó a la creación del Museo Nacional de Arte Oriental. La preferencia por algunas tareas u oficios que muchos de estos inmigrantes desarrollaron se explica por sus tradiciones culturales y sus hábitos de vida.

Eugenia Scarzanella en su artículo “Cesare Civita: un empresario italiano en la Argentina” nos presenta el caso de un empresario que buscó desarrollar su empresa, que tuvo un carácter familiar, en la Argentina de la segunda posguerra. Apelando a conceptos como capital social y capital étnico, la autora va mostrando la forma en que Civita encaró su estrategia de crecimiento empresarial conectándose con sus coterráneos como con los locales que pudieran facilitar el desenvolvimiento de sus negocios. En los años 60 consolidó a la empresa como una multinacional cuando se expandió a México y Brasil. La habilidad personal del empresario le permitió ir superando las vicisitudes económicas de la Argentina de esos años hasta que los con-

flictos de la década de los 70 torcieron el rumbo de su estrategia y lo obligaron a exiliarse primero y ver, a poco de iniciarse la última dictadura, cómo se destruyó todo su trabajo de décadas. La suerte de la empresa quedó atada a las pujas de poder de esos años, como se vio en la resolución del pase de acciones de Papel Prensa, y finalmente el proyecto editorial de integración vertical que había diseñado pacientemente se desarmó.

Todas las colectividades asentadas en nuestro país han querido siempre llevar lo más atrás posible su establecimiento en este suelo y basar en esta verdad histórica su legitimación para formar parte del “alma nacional”. Iván Cherjovsky, en su artículo “Cuatro teorías acerca del origen de los judíos argentinos”, pasa revista a aquellas con las que este grupo étnico buscó legitimar su presencia en Argentina. La más aceptada desde los ámbitos académicos propone el arribo de estos inmigrantes como un proceso que se inicia a partir de la década de 1850 con la llegada de algunos individuos y familias de Francia, Alemania, Inglaterra e Italia como comerciantes, representantes de empresas o aventureros. Otra da cuenta del origen a partir de la llegada del vapor Weser en 1889, una de las más difundidas por el destino de colonos de esos inmigrantes; la del origen durante el virreinato a partir de la llegada de criptojudíos no puede extenderse hasta el momento del surgimiento de la Argentina como estado independiente porque no hay respaldo documental; por último, la que proponía que algunos pueblos originarios serían descendientes de las diez tribus perdidas de Israel solo pudo ser contrastada con evidencias circunstanciales.

Los grandes cambios que trajo la Revolución Industrial en Gran Bretaña son la causa de los movimientos de población que se dieron en la región de Gales. Celia Codeseira en su artículo “La primera co-

lonia galesa del Chubut” nos plantea los principales rasgos que tuvo esta inmigración. En efecto, los agricultores que poblaban los valles de Gales se vieron obligados a abandonar sus tierras por el avance de la minería del carbón y de los metales; por otra parte, los sectores populares adherían al cartismo y profesaban el cristianismo metodista, lo que les provocó innumerables conflictos con las autoridades políticas y religiosas. En la búsqueda de preservar su identidad, lengua y religión algunos grupos empezaron a mirar con interés el establecimiento en la Patagonia a mediados del siglo XIX. Algunos políticos en Argentina se opusieron a ese establecimiento debido a que consideraban que permitir que los colonos mantuvieran su ciudadanía de origen y su lengua podía atentar contra la consolidación de la nación. Finalmente los colonos llegaron y el estado argentino evaluó que esta era una razón de peso, ya que sería el inicio de la ocupación efectiva de la Patagonia. Estos grupos pudieron desarrollarse con libertad y mostraron una forma pacífica y productiva de relacionarse con los pueblos originarios.

Cómo recibir a los inmigrantes fue una de las cuestiones clave que en los distintos momentos históricos fue tema de agenda de las élites dirigentes en nuestro país. La Argentina necesitaba atraer a los inmigrantes y para esto debía competir con dos países que armaron una estructura muy efectiva para recibirlas: Estados Unidos y Brasil. En el artículo “La hospitalidad empieza por casa. Asilos y hoteles de inmigrantes en la Argentina (1812-2013)”, paso revista a los diversos espacios que se fueron destinando a este fin, y a la coronación de todos los esfuerzos que fue el proyecto y construcción del predio de la entonces Dirección de Inmigración en Puerto Madero. Con este logro se pudo mantener un mejor control de los recién llegados y ofrecer un

servicio de atención al inmigrante que evitara las estafas, robos o engaños de los que pudieran ser víctimas. También se muestra cómo era la cotidianidad de los que estaban alojados, y para cerrar el artículo se marcan los hitos más importantes desde que fue desactivado como lugar de alojamiento hasta que fue convertido en el MUNTREF Museo de la Inmigración y Centro de Arte Contemporáneo para la Diversidad Cultural en 2013.

Los investigadores que han colaborado en este cuaderno tienen detrás de sí un enorme bagaje de conocimientos recogido en su trabajo en los más diversos archivos institucionales, personales y de los diferentes organismos estatales, y han puesto a disposición del público en sus artículos una variada gama de elementos que nos permiten seguir sumando las piezas que conforman el mosaico de nuestra sociedad. Desde estas páginas queremos seguir colaborando para construir una historia y un presente como sociedad que nos lleve a proyectar un futuro donde todos podamos desarrollar nuestras potencialidades y cumplir nuestros anhelos.



Eisteddfod en el Molino Andes, 1928. Colección Museo Regional Trevelin.

Estado e inmigración en Argentina (1850-1900)

Alejandro Fernández



Inmigrantes en la Dirección de Inmigración, c. 1910. Archivo General de la Nación.

Entre los factores que permitieron que la Argentina se convirtiera durante la segunda mitad del siglo XIX en el segundo país receptor de inmigrantes europeos en el mundo, luego de Estados Unidos, las políticas estatales de fomento ocupan un lugar destacado. Aun cuando el Estado no siempre interviniere en cuestiones tales como el traslado y alojamiento de los inmigrantes o su orientación hacia las zonas del interior que se iban colonizando, el empeño de los sucesivos gobiernos en crear un ambiente económico propicio y la concesión de derechos civiles equiparables a los de los nativos atrajeron a una vasta población de origen transatlántico, que cambió la composición de la sociedad en amplias regiones del país.

Las políticas proinmigratorias se pusieron en marcha inmediatamente después de sancionada la constitución nacional. En 1854 fue creada una Asociación Filantrópica, compuesta por individuos de distintas nacionalidades pero financiada con fondos estatales, con el objetivo de acoger a los inmigrantes en un asilo cercano al puerto de Buenos Aires, en el que se ofrecería alojamiento y manutención gratuitos durante ocho días. En 1869 la Asociación fue absorbida por una Comisión Central de Inmigración, también mixta, que a las funciones anteriores agregó las de inspeccionar las condiciones sanitarias de los barcos y designar agentes de promoción en Europa, objetivo este último de dudoso cumplimiento por el elevado costo que suponía.

Debía también crear una estafeta de correspondencia gratuita, porque ya entonces se reconocía que la mejor forma de atraer a los nuevos inmigrantes era a través de las informaciones enviadas por sus paisanos y familiares ya instalados. La importancia de estos mecanismos microsociales de circulación de la información también se advertía en cuanto a la recepción y encauzamiento de los recién

llegados: como la propia Comisión reconocía en 1870, de los 40 mil inmigrantes entrados en ese año, solo había tenido actuación en la acogida de siete mil, sumando los alojados en el asilo porteño y en un segundo, más pequeño, creado en Rosario.

Ya por entonces, las provincias de Santa Fe y Entre Ríos habían creado, a través de compañías privadas, más de treinta colonias agrícolas, principalmente pobladas por italianos septentrionales y suizos. La predilección de la Comisión por este tipo de inmigración (familias completas orientadas a las áreas rurales) era evidente, por lo que solicitó del gobierno nacional la designación de un Inspector General de Colonias. En 1872 este funcionario elaboró un famoso informe, en el que destacaba los grandes progresos de la agricultura cerealera logrados a partir de la incorporación de estos campesinos, quienes, una vez que lograban acceder a la propiedad de la tierra o al arrendamiento prolongado, tendían a permanecer en el país con mucha más frecuencia que quienes se radicaban en las ciudades.

Sin embargo, la crisis económica internacional comenzada al año siguiente supuso un fuerte golpe para estas experiencias, debido a la caída en el precio de los cereales y a la drástica contracción del flujo inmigratorio. Esto último afectaba una de las estrategias habituales de los arrendatarios que aún no habían logrado acceder a la propiedad: la de traer desde Europa a sus familiares o paisanos e instalarlos como subarrendatarios, con lo cual aumentaba la cantidad de hectáreas trabajadas, el producto anual y, por consiguiente, la posibilidad de pagar con regularidad las cuotas exigidas por las compañías colonizadoras.

En ese contexto, el presidente Avellaneda envió al Congreso Nacional su proyecto de la ley de inmigración y colonización, que, además de sistematizar la legislación en la materia, estaba pensado como un

instrumento de política anticíclica, orientado a recuperar el flujo de población extranjera y, junto con él, la prosperidad general de la economía. El Estado debía a la vez promover y seleccionar la inmigración, mediante la subvención a las compañías de navegación, la donación de tierras o su venta a largos plazos a las familias que se dirigieran a las colonias, el traslado gratuito hasta las mismas y el adelanto de víveres, semillas, instrumentos de labranza y animales de cría.

Aun cuando se reconocían en el proyecto las bondades de la inmigración espontánea, la intervención estatal sería, al menos en teoría, muy activa: el Departamento General de Inmigración, que la ley creaba, debía seleccionar y trasladar a los agricultores al país, mientras que la Dirección de Tierras y Colonias procedería a la mensura y loteo de las parcelas en las que ellos se establecerían. La apuesta por una inmigración destinada a crear una clase de pequeños propietarios rurales era evidente, no solo en el articulado del proyecto, sino también en los considerandos de la ley, donde se abundaba en sus cualidades, contraponiéndola con la que se radicaba en los centros urbanos, supuestamente menos productiva y más propensa al descontento e incluso al retorno al país de origen.

En la Cámara Baja, el proyecto de Avellaneda sufrió algunas modificaciones, principalmente por la incorporación de una segunda propuesta, redactada por el diputado Leguizamón, de Entre Ríos, que definía con más claridad qué se entendería por inmigrante y cuáles serían sus derechos, así como los requisitos que debían cumplir las compañías de navegación subsidiadas. En la Cámara Alta el trámite de aprobación fue más largo y complicado, sobre todo por las objeciones planteadas por un grupo de senadores opositores, encabezado por el santafesino Nicasio Oroño. Sus críticas apuntaban a la financia-

ción del proyecto mediante la emisión de títulos de la deuda pública, lo cual depreciaría el valor de los ya circulantes, precisamente en un momento de crisis económica. Además, defendían la potestad de las provincias frente a la Nación en cuanto a la concesión de tierras públicas, alegando que, si era la segunda la encargada de distribuirlas entre las familias inmigrantes, la autonomía de las primeras se vería afectada.

Sin embargo, las impugnaciones principales de Oroño se referían a otros dos puntos del proyecto. Por una parte, el que establecía la posibilidad de que el Estado argentino pagara a los emigrantes del norte de Europa la diferencia entre el precio del pasaje desde sus países hacia Buenos Aires y lo que les costaba el traslado a Nueva York, adonde se dirigían en muy alta proporción. El senador santafesino sostenía que sería ingenuo suponer que con ello se lograría reorientar el flujo, teniendo en cuenta que, si aquellos preferían establecerse en América del Norte, no era por el pasaje más barato, sino por la prosperidad de su economía, por las mayores similitudes culturales y por el hecho de que allí ya estaban radicados muchos de sus parientes y conocidos.

El otro desacuerdo de Oroño se refería a lo que llamaba “inmigración artificial” sostenida por el Estado. Mientras que esta implicaría ingentes gastos, que debían reiterarse cada año, ante el peligro de perder todo lo invertido con anterioridad, la “inmigración natural” era estimulada por las ventajas que ofrecía el país, sin necesidad de planes específicos de colonización. Según su argumento, la mayoría de las colonias santafesinas habían prosperado aun cuando en ellas no se entregaran tierras gratuitas ni se recibiera ayuda del gobierno, mientras que las que sí contaban con tales beneficios no se destacaban por su productividad.

Dado que este grupo de senadores constituía una minoría, finalmente el proyecto fue aprobado con solo leves modificaciones, como la exclusión del derecho al pasaje gratuito para aquellos inmigrantes que no se dirigieran a las colonias o la supresión de toda referencia al diferencial de costos de traslado con América del Norte. Por lo demás, la nueva ley dejaba un margen considerable a la intervención directa del Estado. Al menos en el papel, los agentes del gobierno buscarían y seleccionarían a los candidatos en sus países de origen, luego estos serían trasladados por compañías de navegación supervisadas y en parte subsidiadas, a su arribo los inmigrantes serían alojados, mantenidos y trasladados hasta los lugares en donde estarían preparadas las tierras para que las comenzaran a trabajar y, según cumpliesen las condiciones estipuladas, para que las recibiesen en donación o las adquiriesen a un precio módico.

La puesta en práctica de estas disposiciones chocaría, sin embargo, con severas limitaciones presupuestarias y jurisdiccionales. Las provincias solo cedieron en contadas ocasiones sus tierras públicas para que las colonizara la Nación y las que pertenecían a esta última estaban situadas en lugares alejados, mal comunicados y de dudoso rendimiento económico. Por otro lado, las funciones del Departamento General de Inmigración nunca se articularon por completo con las de la Dirección de Tierras y Colonias. En cualquier caso, la prosperidad económica que el país volvió a vivir desde comienzos de la década de 1880 permitió disimular en parte estas falencias. El flujo inmigratorio se recuperó, superando todos los registros anteriores, sin necesidad de pagar pasajes más que en casos excepcionales.

Ello no fue obstáculo para que se intentara una intervención estatal aún mayor durante la segunda mitad del decenio, ya no basada en la



Familias Saleg y Abdala con el inspector de Tierras en Gaiman, c. 1905. En Pérez, Liliana y Lo Presti, Pablo [Estudio, selección y notas], *La cámara y la pluma en el valle y la meseta. Memorias y fotografías de Henry Bowman*.



Comisión Directiva de la Federación Agraria Argentina, 1912. Archivo General de la Nación.

distribución de tierras sino en el subsidio masivo para el traslado de los inmigrantes, que alcanzó a 130 mil beneficiarios. Las razones de ese postre retorno al sistema de “inmigración artificial” son diversas. Por una parte, los pronósticos excesivamente optimistas respecto del inmediato crecimiento económico, que auguraban la necesidad de más mano de obra que la que llegaba de manera espontánea. En segundo lugar, el propósito de limitar la hegemonía italiana en el conjunto de la corriente inmigratoria, distribuyendo pasajes en otros países europeos. Por último, los temores a que Brasil –y sobre todo el Estado de São Paulo– se sumara con fuerza a la competencia en el mercado de trabajo transatlántico, luego de la abolición de la esclavitud.

Entre 1887 y 1889 esta política no solo llevó a un incremento en la corriente inmigratoria bastante mayor que el que se habría alcanzado en su ausencia, sino también a un cambio en su composición: por primera vez los italianos sumaron menos de la mitad del total de ingresos, al tiempo que se incorporaban unos grupos nacionales (como los holandeses o los belgas) o regionales (como los andaluces o los murcianos) hasta entonces casi inexistentes. Sin embargo, el subsidio de los trasladados fue abandonado ya en 1890, debido a las erogaciones que implicaba, tanto en materia de pasajes como en el resto de los servicios que el Estado debía ofrecer a una masa de inmigrantes que no contaba con el apoyo de parientes previamente establecidos y que llegaba al país en vísperas de la grave crisis económica que estalló en ese mismo año.

Las bondades de la inmigración espontánea fueron recuperadas en ese contexto. Por una parte, se trataba de una corriente que prácticamente no generaba gastos para las arcas públicas, dado que los mecanismos de financiación funcionaban al interior de las propias redes sociales que la generaban y prolongaban. Esta circunstancia se

vio ulteriormente favorecida por la implementación, a partir de la crisis, de los “billetes de llamada”, a través de los cuales los inmigrantes ya residentes podían pagar en destino el traslado de quienes venían a reunirse con ellos. Por la otra, la integración de este tipo de inmigrantes en la sociedad argentina era a menudo exitosa, a diferencia de lo ocurrido por quienes se vieron librados a su propia suerte luego de haber obtenido pasajes subsidiados. Los italianos, quienes estaban más asociados con la inmigración espontánea, volvieron a alcanzar una proporción muy elevada de los ingresos durante la última década del siglo, con una presencia cada vez mayor de las regiones meridionales de origen.

Un balance sobre los resultados alcanzados por la intervención del Estado argentino sobre el flujo inmigratorio transatlántico debería por lo tanto considerar las limitaciones presupuestarias, jurídicas y organizativas que impidieron llevar a cabo un proyecto de concesión de tierras públicas tan ambicioso como el incluido en la ley Avellaneda o que circunscribieron el tiempo de aplicación de una política de subsidios masivos de pasajes a tan solo un trienio. En cuanto a lo primero, las llamadas “colonias nacionales”, salvo excepciones muy puntuales, se establecieron en sitios agrestes o poco integrados, sin alcanzar el impacto económico y social que, ya desde antes de su aprobación, venían obteniendo las creadas por algunas de las provincias litoraleñas. Respecto de lo segundo, la experiencia llevada a cabo en el gobierno de Juárez Celman ratificó la idea de que los principales factores de atracción de la inmigración al país se hallaban en el crecimiento económico y en la presencia de unas colectividades extranjeras que, por diferentes medios, podían otorgarle continuidad y ampliarla, y no en la financiación de los trasladados.

Dicho esto, también debe consignarse que las demás obligaciones asumidas formalmente por el Estado en 1876, como el registro estadístico de los inmigrantes, su desembarco y alojamiento gratuito por un breve lapso, la disponibilidad de información sobre ofertas de trabajo y el traslado inicial, por vía ferroviaria o fluvial, a los lugares del interior del país en los que se instalarían, fueron llevadas a la práctica y paulatinamente perfeccionadas, con el beneficio –hacia fines del siglo XIX– de un porcentaje considerable de los nuevos arribados, el compuesto por quienes lo hacían por fuera de las redes microsociales de parentesco o paisanaje y por quienes, aun estando insertos en ellas, debían recurrir a alguna de esas prestaciones estatales.

Referencias bibliográficas

- CIAPUSCIO, H. (2017). *Los gobiernos liberales y el inmigrante europeo (1853-1930)*. Buenos Aires: Eudeba.
- DEVOTO, F. (2008). *Historia de los italianos en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos.
- DJENDEREDJIAN, J. (2008). *Gringos en las pampas. Inmigrantes y colonos en el campo argentino*. Buenos Aires: Sudamericana.
- FERNÁNDEZ, A. (2017). Le politiche di immigrazione in Argentina dal 1855 al 1895. En *Giornale di Storia Contemporanea*, 20, nº 1, pp. 7-30.
- NOVICK, S. (2008). Migración y políticas en Argentina: tres leyes para un país extenso (1876-2004). En Ibídem (ed.), *Las migraciones en América Latina. Políticas, culturas y estrategias*, Buenos Aires, Catálogos-CLACSO, pp. 131-171.
- PÉREZ, M. (2012). *Inmigración y colonización. Los debates parlamentarios del siglo XIX*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Sobre la colectividad alemana de Buenos Aires, 1880-1930

Benjamin Bryce



Colegio alemán de Barracas al Norte, 1912, *Jahresbericht des Deutschen Schulvereins*.

En el estudio de la inmigración hacia la Argentina y otras partes del continente americano es frecuente que la colectividad se tome como un dato estable y un punto de partida. La colectividad es más o menos sinónimo de grupo migratorio o del conjunto de todas las personas de una misma nacionalidad, lengua o confesión, tal como aparece en el censo u otro registro estadístico estatal. Sin embargo, la categoría que supuestamente define a cualquier sujeto étnico o a cualquier grupo étnico es algo que debe ponerse en cuestión. Las categorías basadas en las identidades étnicas, capacidades lingüísticas o afiliación a cierta confesión religiosa imponen erróneamente una idea de una semejanza interna.

Por ejemplo, muchos “alemanes” de Buenos Aires nacieron en dicha ciudad y hablaban español como lengua dominante. Muchos otros germanohablantes –nacidos en Colonia, Leipzig, Innsbruck o Budapest– conservaron la nacionalidad de su país de nacimiento, pero se preocuparon intensamente por el futuro económico de sus hijos argentinos o por el lugar de su iglesia dentro del marco de la sociedad argentina. ¿Forman ellos parte de la misma colectividad que alguien recién llegado de Hamburgo? O una pregunta que abre aún más puertas de análisis: ¿en cuáles contextos no forman parte de la misma colectividad?

En los estudios realizados sobre los germanohablantes de la Argentina en particular, existe una serie de suposiciones implícitas o declaraciones explícitas acerca de la unidad intrínseca de este grupo; también hay una tendencia a reproducir las categorías aplicadas por

1 He escrito previamente sobre las ideas de este artículo en Benjamin Bryce, *Ser de Buenos Aires: Alemanes, argentinos y el surgimiento de una sociedad plural, 1880-1930* (Buenos Aires: Biblos, 2019), pp. 32-38.

los líderes comunitarios, por los nacionalistas en Alemania y los datos censales de la Argentina. De esta manera, se describe a una persona o a un grupo como alemán, sin reflexionar sobre el bilingüismo, la nacionalidad o una identidad híbrida o cambiante.

Los supuestos integrantes de lo que podría observarse como una colectividad tenían opiniones radicalmente diferentes de lo que significaba ser alemán. El término *alemán* –tal como se utilizaba en la Argentina entre 1880 y 1930– con frecuencia incluía a personas nacidas en Alemania, Austria-Hungría, Rusia, Suiza, Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay. Los líderes –ansiosos por ampliar sus colectividades– aceptaron la etiqueta, como también lo hicieron los hispanohablantes y los inmigrantes de otros orígenes que no veían la necesidad de distinguir entre alemanes, austriacos, sajones, bávaros o brasileños de origen alemán. Las múltiples nacionalidades, las identidades regionales, las diferencias confesionales y las divisiones generacionales llevaron a que muchos habitantes de Buenos Aires postularan definiciones contradictorias de la etnicidad alemana. Esas diferencias ponían en cuestión la existencia de una colectividad alemana.

Aproximadamente 100.000 de los 5.800.000 inmigrantes que entraron a la Argentina entre 1881 y 1930 fueron de habla alemana. A fines del siglo XIX y principios del siglo XX, los germanohablantes vivían en muchas partes de la Argentina, pero la mayor concentración estaba en Buenos Aires, cosa ignorada por la fascinación popular –de aquel entonces y de hoy en día– con las colonias del interior del país. Además, Buenos Aires sirvió como centro regional para el área del Río de la Plata. El mercado editorial en lengua alemana de la Argentina, Uruguay y Paraguay se ancló en la capital argentina, del mismo modo en que lo hicieron las instituciones religiosas de lengua alemana.

Sin embargo, esas estadísticas, que provienen de los registros estatales en el momento de llegar al país no deberían confundirse con “la colectividad” o con el estudio de algunos germanohablantes que se asociaban según criterios etnonacionales. El historiador Hernán Otero sostiene que la comunidad migratoria debe ser un elemento a probar y no un dato a priori, justificado por la simple presencia de personas del mismo origen nacional. Enfatiza que los historiadores generalmente estudian un núcleo étnico, pero que no siempre reflexionan sobre la proporción de personas que forman parte de ese núcleo.

Al igual que otras colectividades, la colectividad alemana de Buenos Aires era una aspiración más que una realidad concreta. Más que una comunidad unificada, se trataba de muchas personas que deseaban organizar parte de sus vidas según criterios étnicos y comunitarios. Los límites de cualquier colectividad son flexibles; en concordancia con esta realidad, en ese momento, uno podía participar en una colectividad y, a la vez, participar en otras comunidades que reflejaran la propia clase social, la identidad de género, la sexualidad, la profesión, los pasatiempos o el vecindario.

Desde una perspectiva más crítica, las jerarquías de género y de clase moldearon las instituciones de las colectividades en Buenos Aires; los líderes se valían de su colectividad para obtener prestigio social y cultural en la sociedad porteña. Las instituciones comunitarias normalmente dirigidas por hombres promovían estructuras que creaban relaciones paternalistas entre inmigrantes ricos y los de la clase trabajadora, y jerarquías patriarcales entre hombres y mujeres.

En el caso de la colectividad alemana de Buenos Aires, los documentos de numerosas instituciones formales exhibían un marcado

Aula de colegio alemán de Barracas al Norte, 1912,
Jahresbericht des Deutschen Schulvereins.



197



Inauguración del orfanato de Baradero, 1909, Bericht über die sechste ordentliche
Synode der Deutschen Evangelischen Gemeinden in den La Plata-Staaten.



Festival en la Escuela Cangallo, 1916, Jahresbericht des Deutschen
Schulvereins Buenos Aires über das Vereinsjahr. Festival en la Escuela
Cangallo, 1916, Jahresbericht des Deutschen Schulvereins Buenos Aires
über das Vereinsjahr.

198

interés por las personas que debilitaron su proyecto comunitario. Los líderes se preocupaban por los niños que solo tenían un parente germanohablante y por aquellos que preferían hablar español. En las fuentes producidas por estos dirigentes, se hacía referencia también a las personas que fueron excluidas de la imagen que, fomentada por los líderes, quería mostrarse de la colectividad. Tanto los pastores luteranos como los sacerdotes católicos aseguraban liderar una comunidad, lo que significaba que ellos imaginaban al menos dos comunidades alemanas en Buenos Aires (¿y por lo tanto, dos colectividades?). No obstante, sus definiciones confesionales de sus comunidades revelaban implícitamente que también existían otras comunidades de no practicantes, de ateos y de judío-alemanes en la ciudad.

En esencia, una colectividad en Buenos Aires a principios del siglo XX era un conjunto de personas y de instituciones cuya dirección estaba a cargo de líderes autoproclamados y cuyo respaldo recae en una variedad de personas, en su trabajo, su tiempo y su dinero. Los líderes de las colectividades de Buenos Aires se “autodenominaron” o “autoproclamaron” porque su cargo casi nunca estaba validado por elecciones; no presentaban sus ideas acerca de la comunidad, la etnidad y la pertenencia nacional, a diferencia de otras posibilidades o modalidades de agrupación.

Con pocas excepciones, otra característica de estos líderes era que se encontraban entre los germanohablantes más prósperos en la capital argentina. Los germanohablantes de clase trabajadora que pagaban una cuota a la Asociación del Hospital Alemán y a las asociaciones de las escuelas bilingües español-alemán pocas veces ocupaban posiciones de liderazgo en estas organizaciones, ni tampoco lo hacían los trabajadores ni los niños que recibían los servicios de estas

instituciones. Los germanohablantes de esta clase social contribuían con su dinero, tiempo e incluso cuerpo a un proyecto que había sido decidido, ideado e imaginado por los de la clase media o alta.

A fines del siglo XIX y a principios del siglo XX, los autoproclamados líderes de diversas colectividades de Buenos Aires –de diferentes países europeos– crearon espacios étnicos en un esfuerzo por conservar en la sociedad argentina el pluralismo lingüístico y cultural que su propia migración había creado. Los líderes de estas colectividades constituyeron organizaciones de beneficencia, asociaciones de socorro mutuo, escuelas y templos, y fomentaron que aquellos que compartían su mismo origen étnico utilizaran estas instituciones. Sin embargo, estos esfuerzos por hacer que sus colectividades perduraran en el futuro nunca fueron completamente exitosos: en el caso de la colectividad alemana, los niños, los cónyuges de habla hispana, los socialistas, los alemanes católicos y muchos otros buscaron otro equilibrio entre la colectividad, la herencia étnica y la pertenencia a la Argentina.

Un tema común en la historiografía de los germanohablantes en la Argentina es la división política que surgió entre las facciones monárquica y republicana después de 1918 y, luego, la división entre los grupos pro y antinazis después de 1933. Sin embargo, a través de esta visión de la colectividad alemana unida (también llamado por líderes *die deutsche Kolonie o das Deutschtum in Buenos Aires*) que aparentemente existía antes de la Primera Guerra Mundial, se les da un peso exagerado a los sucesos europeos y hace suponer que las influencias transnacionales triunfaron sobre otras formas de identificación y de afiliación que, en realidad, habían creado colectividades alemanas rivales antes de 1914. Esas referencias a una colectividad dividida ig-

noran el hecho que eran más las personas de ascendencia alemana en Buenos Aires indiferentes a los cambios en la República de Weimar que aquellas que adoptaron una actitud determinada, ya fuera hacia la validez de una nueva república o hacia el lamento por el imperio perdido.

Los hablantes de alemán de Buenos Aires, junto con miles de otros inmigrantes e hijos de inmigrantes, crearon, entre 1880 y 1930, colectividades. Pero más que agrupaciones aislantes que los distinguía de los “argentinos”, estas colectividades influenciaron las relaciones entre el Estado, la esfera pública, las instituciones religiosas, las organizaciones étnicas y la familia que fueron evolucionando a lo largo del siglo XX. La definición de etnicidad alemana y, por lo tanto, “la colectividad” en Buenos Aires sufrió cambios lentos a medida que también se iba modificando la naturaleza del pluralismo lingüístico y cultural en la sociedad argentina. Sus planes para el futuro llevaron a los inmigrantes germanohablantes a fundar varias instituciones comunitarias y a brindarles apoyo. Sin embargo, este impulso ocasionó que los inmigrantes y los bilingües de segunda generación crearan una colectividad alemana en pugna. Sus “miembros” navegaban entre las identidades confesionales, lingüísticas, alemanas y argentinas.

Referencias bibliográficas

- BRUBAKER, R.; Cooper, F. (2000). Beyond 'Identity'. *Theory and Society* 29, nº 1, pp. 1-47.
- BRYCE, B. (2019). *Ser de Buenos Aires: Alemanes, argentinos y el surgimiento de una sociedad plural, 1880-1930*. Buenos Aires: Biblos.
- — (2011). Los caballeros de beneficencia y las damas organizadoras: El Hospital Alemán y la idea de comunidad en Buenos Aires, 1880-1930. *Revista de Estudios Migratorios*, pp. 79-107.
- GOEBEL, M. (2009). Decentring the German Spirit: The Weimar Republic's Cultural Relations with Latin America. *Journal of Contemporary History* 44, nº 2, pp. 221-245.
- LESSER, J. (1999). *Negotiating National Identity: Immigrants, Minorities, and the Struggle for Ethnicity in Brazil*. Durham, NC: Duke University Press.
- OTERO, H. (2012). *Historia de los franceses en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos.

Hamburg -
S. A. P. C.
Süd-Amerikanische
Dampfschiffahrts-
Gesellschaft.



Servicio Postal Regular
entre **Hamburgo** y la **América del Sur**,
con vapores rápidos de primera clase.

Para el Río de La Plata :

Un vapor semanalmente haciendo escala alternativamente
en Bilbao, La Coruña, Carril ó Vigo y Madera.

De Hamburgo á los puertos del Brasil

hasta Santos (haciendo escala en Leixões y Lisboa).

Un vapor cada 15 días haciendo alternativamente
en Pernambuco y Bahia.

Hay médico y criada á bordo. Buena cocina. Excelentes comodidades. Luz eléctrica.

Para Río Grande do Sul

(con las mismas escalas).

Un vapor al fin de cada mes con escala
en Paranaguá y San Francisco etc.

Inv 213.535



541

Hospital



Alemán

Hospital Alemán, c. 1890. Archivo General de la Nación.

Inmigración polaca hacia Argentina

Katarzyna Porada



Pasaporte de la familia Herbut. Colección Władysława Herbut, Fondos de la Biblioteca Polaca Ignacio Domeyko.

De la misma manera que la inmigración constituye un elemento inseparable de la historia argentina, la emigración –sus causas y consecuencias– forman parte de la historia polaca. Se calcula que entre mediados del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial, alrededor de 10 millones de polacos, por diversas razones, abandonaron su país. En el período de entreguerras a esta cifra se sumaron dos millones más. El estallido de la Segunda Guerra Mundial, así como los años posteriores, provocaron que unos cinco millones de personas tomaran la decisión de no permanecer o no retornar a Polonia. Entre los países receptores, Argentina, aunque sin ser el destino principal, ha ocupado un lugar de gran relevancia dentro del proceso migratorio polaco.

Los proyectos de atraer a los inmigrantes hacia Argentina y la necesidad de poblar los inmensos territorios, que empiezan a perfilarse desde la segunda mitad del siglo XIX, coinciden con un importante desplazamiento poblacional registrado en tierras polacas, por aquella época una nación sin estado¹. En primer lugar, la desaparición de Polonia del mapa mundial, seguida por una serie de levantamientos fracasados, fueron los detonantes de grandes oleadas de exiliados. Aunque la mayoría encontró refugio en Europa, principalmente en Francia, otros escapando de las represalias llegaron a América y un pequeño grupo arribó al puerto argentino. Paralelamente, la revolución industrial iniciada en el siglo XVIII en el Reino Unido –luego

¹ La presión de las grandes potencias vecinas –Rusia, Imperio Austrohúngaro y Prusia– condujo, en 1772, a la primera, y dos décadas más tarde, a la segunda partición de Polonia. El sucesivo desmembramiento quedó finalizado en 1795. Ese año, Polonia, repartida entre los países colindantes, desapareció del mapa europeo. A partir de entonces y hasta la recuperación de la independencia en 1918, en cada una de las tres regiones fueron introducidos sistemas políticos y económicos diferentes.

extendida por Europa– junto a una fuerte explosión demográfica, la modernización de la agricultura y la creciente mecanización del trabajo, originaron una profunda transformación en el sistema laboral y en las estructuras sociales en todo el continente.

En el caso polaco, dado el insuficiente desarrollo de la industria, incapaz de absorber aquellas masas desocupadas, la migración muchas veces se presentaba como la única solución que los campesinos o pequeños artesanos tenían a su alcance para escapar de la miseria y del hambre. Los movimientos migratorios se fueron dirigiendo en sus inicios a las regiones más industrializadas de Polonia, luego hacia los demás países europeos y, finalmente, hacia el continente americano, con los Estados Unidos, Brasil y Argentina como principales destinos. Cabe destacar que en la segunda mitad del siglo XIX el nivel de conocimiento de los polacos sobre América del Sur era muy limitado y entre los campesinos o habitantes de las pequeñas ciudades, prácticamente nulo. Por lo tanto, la figura del agente de inmigración fue de suma importancia en esta primera etapa de formación de movimientos migratorios. Estos, que bien podían ser los representantes de los gobiernos latinoamericanos –principalmente brasileño o argentino– o de alguna de las empresas de navegación, tuvieron un papel esencial en la construcción de la imagen sobre aquellos países “exóticos” que se encontraban a una distancia inalcanzable de imaginar.

A través de diversos folletos publicitarios o revistas repartidas en los mercados, posadas o ferias locales, en colaboración con los maestros rurales o curas, se intentaba dar a conocer a los campesinos las ventajas que suponía la decisión de emigrar. Por supuesto, en numerosas ocasiones, la propaganda no estaba exenta de fraudes y engaños de todo tipo. Los agentes de inmigración, teniendo en cuenta el bene-

ficio propio, conscientemente difundían informaciones inexactas y se aprovechaban del desconocimiento de los campesinos, para los que América era sinónimo de Estados Unidos. De esta forma, no faltaron personas que iniciaron el viaje transoceánico sin saber que su destino final eran los puertos de Argentina o de Brasil.

Este, al parecer, fue el caso de las primeras familias polacas y ucra-nianas procedentes de Galitzia (anexada al Imperio Austrohúngaro) que en 1897 llegaron a la provincia de Misiones. Al ser los primeros inmigrantes en esta región, por aquel entonces con muy escasa densidad poblacional y carente de grandes núcleos urbanos, les fueron cedidas en propiedad parcelas de entre 25 y 100 ha. Además, recibieron ayudas considerables del gobierno argentino en forma de animales, herramientas, semillas y provisiones. Las cartas enviadas a los familiares o vecinos, que describían los beneficios otorgados por las autoridades, dieron origen a fuertes cadenas migratorias hacia el noreste argentino.

Conjuntamente con la inmigración rural, a partir de las últimas décadas del siglo XIX, empezó a ser cada vez más visible la migración urbana. Después de una ola masiva de agitación política desatada en el Imperio Ruso en 1905, llegó a la Argentina la llamada emigración de “post-revolución”. Los pertenecientes a este grupo eran principalmente obreros que se vieron obligados a abandonar el país tras una fuerte oleada de represiones por parte de las autoridades zaristas. Una vez en Argentina, se fueron estableciendo en las ciudades de la provincia de Buenos Aires, tales como Valentín Alsina, Dock Sud, Llavallol y, sobre todo, en Berisso. Muchos encontraron trabajo en los grandes frigoríficos, mataderos, fábricas o talleres localizados en el área suburbana que constantemente requerían abundante mano de obra.

Las provincias de Buenos Aires y Misiones no eran los únicos lugares a los que se dirigían los recién llegados. En el mismo periodo, empezaron a surgir pequeñas comunidades en Córdoba, Mendoza, Rosario o Santa Fe. Algunos incluso decidieron probar suerte en la Patagonia, en la ciudad de Comodoro Rivadavia donde, gracias al descubrimiento de yacimientos petrolíferos, encontraron trabajo en la nueva industria. En suma, antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, del territorio polaco a la Argentina llegaron unas setenta mil personas, principalmente provenientes de las tierras ocupadas por Rusia y el Imperio Austrohúngaro.

La Primera Guerra Mundial y el periodo de entreguerras

El estallido de la Primera Guerra Mundial produjo una brusca paralización de los movimientos migratorios, al tiempo que desencadenó una fuerte crisis en la industria y el crecimiento alarmante de la desocupación. En este contexto, el gobierno argentino optó por introducir una serie de restricciones para los inmigrantes que pretendían establecerse en el país. No obstante, y contrariamente a lo propuesto, la multiplicación de los organismos de control y el carácter ambiguo del marco legal provocaron que las posibilidades de ingreso a Argentina fueran mucho mayores que las de otros países con políticas migratorias más claras. Además, la recuperación económica de la Argentina en la década de los veinte posibilitó el restablecimiento del saldo migratorio; esta vez con un cambio considerable en cuanto al lugar de procedencia de los inmigrantes. Aunque, al igual que en las etapas anteriores, los italianos y los españoles seguían siendo las comunidades migratorias mayoritarias, en el periodo de entreguerras

comenzaron a arribar a los puertos argentinos cada vez más personas procedentes de Europa Central y Oriental, entre los que destacaban numéricamente los ciudadanos polacos.

Recordemos que hasta la segunda década del siglo XX los polacos que ingresaban a Argentina eran registrados como ciudadanos austriacos, rusos o alemanes. Esta situación cambió tras finalizar la Primera Guerra Mundial. Después de 123 años de inexistencia en el mapa político, noviembre de 1918 trajo consigo la recuperación de la independencia para Polonia. Unos meses más tarde, Argentina reconoció formalmente al Estado polaco. En los años sucesivos el gobierno polaco comenzó a prestar cada vez mayor atención a la emigración y a las comunidades polacas en el mundo. Este creciente interés se debió a la desastrosa situación interna por la que pasaba la joven república. La primera etapa de la posguerra se caracterizó por fuertes conflictos, tanto en el campo sobre poblado como en las grandes ciudades, donde se registraban elevadas tasas de desocupación. Paralelamente, ya desde 1918, y tras la incorporación al Estado polaco de vastos territorios habitados en su mayoría por ucranianos, empezaron a surgir diversos conflictos armados relacionados con la delimitación de estas nuevas fronteras. Los cambios fronterizos provocaron que las minorías étnicas, sobre todo la ucraniana y la judía, llegaran a constituir el 30% de la población total de Polonia.

Ante esta situación, el gobierno comenzó a percibir la emigración como una manera eficaz de solucionar los graves problemas sociales que aquejaban al país, e inició una época de emigración dirigida y abiertamente patrocinada por el Estado. De acuerdo con las iniciativas oficiales, fueron fundados diferentes organismos y oficinas cuyo objetivo era promover la emigración continental y transoceánica y



Obreros polacos en Comodoro Rivadavia, c. 1935. Fondos de la Biblioteca Polaca Ignacio Domeyko.



Colectividad polaca de Santa Fe, 1930. Fondos de la Biblioteca Polaca Ignacio Domeyko.



Obreros en el puerto del río Paraná, Posadas, c. 1930. Fondos de la Biblioteca Polaca Ignacio Domeyko.



Inmigrantes polacas en Misiones, c. 1930. Fondos de la Biblioteca Polaca Ignacio Domeyko.

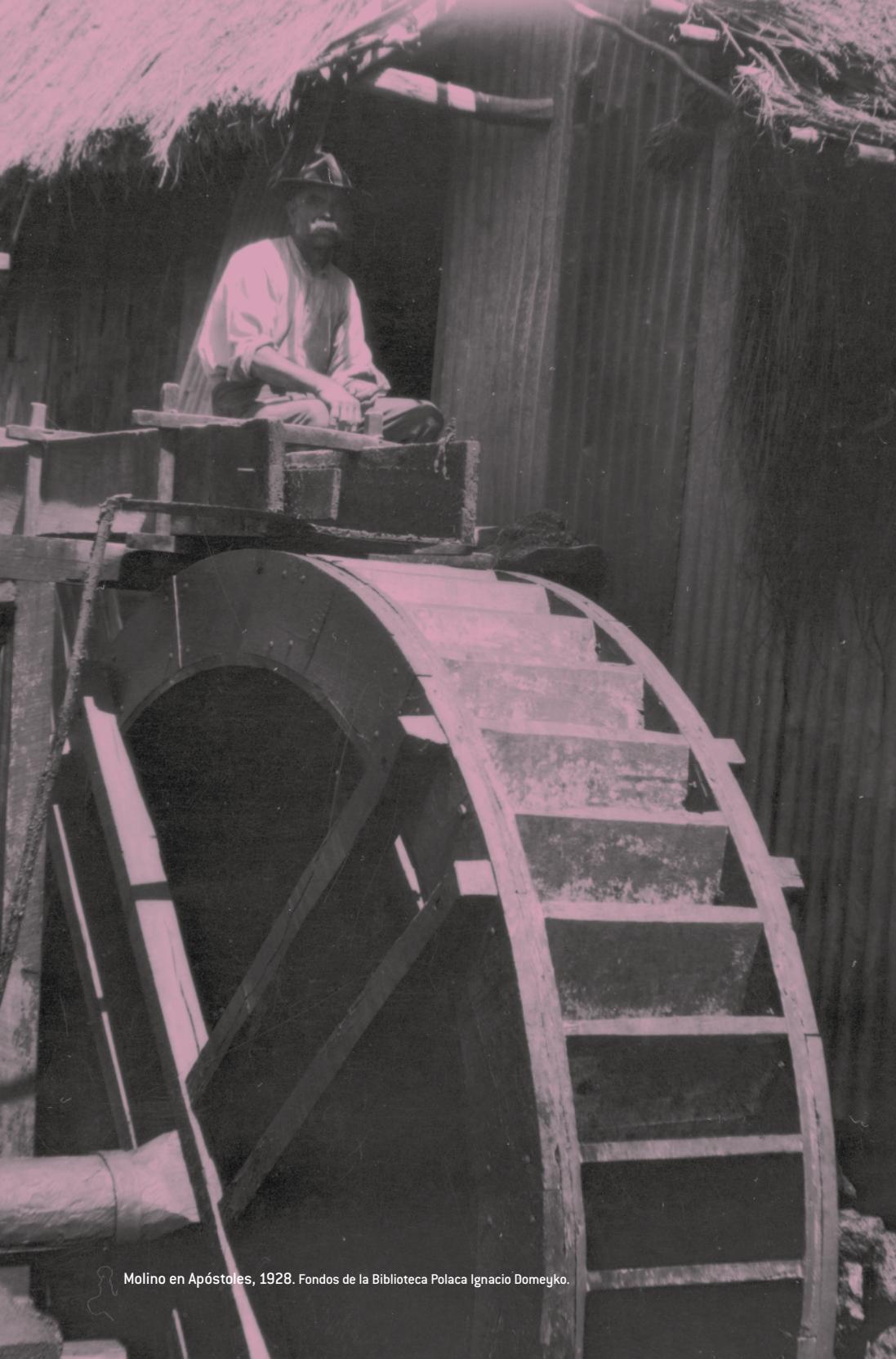
estudiar las posibilidades laborales en los países de destino. Asimismo, se puso a disposición de los futuros emigrantes una red de hoteles que albergaban y ofrecían manutención antes de emprender el viaje. En la misma época, se inició la construcción de la ciudad portuaria de Gdynia que permitió acortar el viaje y redujo considerablemente los gastos. Primero, fue establecida la conexión entre el nuevo puerto polaco y los puertos europeos y, desde la década de los treinta, se inauguraron las primeras trayectorias transoceánicas.

Como resultado de las iniciativas proemigratorias, y gracias a la relativa estabilidad de los países de destino, en el periodo de entreguerras los movimientos migratorios intercontinentales crecieron considerablemente. En dos décadas emigraron a Argentina unos 180 mil ciudadanos polacos y tan solo en el periodo 1926-1930 los ingresos superaron los 90 mil. Esto significa que en el lustro anterior a la crisis económica mundial llegaron al puerto de Buenos Aires más ciudadanos polacos que desde que se iniciaron los movimientos migratorios entre ambos países. Es esencial aclarar aquí que dentro del grupo registrado como ciudadanos polacos, los de este origen constituyan entre un 40 y un 50% y la gran parte fueron judíos y ucranianos, considerados, según las clases gobernantes polacas, las minorías más conflictivas.

La situación cambió al iniciarse la década de los treinta. El desplome económico de 1929 impactó en los movimientos migratorios a nivel global. En este contexto, con el fin de proteger los intereses de los que residían en el país, el gobierno argentino optó por agudizar las restricciones existentes en la legislación migratoria. Como resultado, la inmigración a Argentina disminuyó considerablemente. Los ingresos de ciudadanos polacos en el periodo 1932-1934 disminuyeron bruscamente, apenas superando las dos mil personas al año.

El impacto de la crisis económica fue visible no solo en la paralización de los movimientos migratorios, sino que también afectó profundamente a toda la comunidad. La tercera parte de los inmigrantes polacos se encontraban desempleados y los que conseguían conservar su empleo trabajaban de forma discontinua o sufrían grandes recortes en el salario. Miles de ellos pasaron a poblar las villas miseria ubicadas en las proximidades del puerto bonaerense, donde se albergaban los desocupados.

En la segunda mitad de los años treinta, al producirse una paulatina recuperación económica en la Argentina, el proceso migratorio volvió a dar señales favorables. Sin embargo, esta vez presentaba rasgos diferentes en cuanto al perfil de los inmigrantes. Entre los que ingresaban al país comenzó a ser visible la figura del refugiado, fruto directo de la Guerra Civil Española y el inminente estallido de la Segunda Guerra Mundial. El gobierno argentino intentó impedir la llegada al país de esta nueva categoría de extranjeros. El personal consular obtuvo instrucciones precisas de emplear criterios más restrictivos a la hora de conceder los visados a las personas provenientes del centro y del este europeo y, dentro de este grupo, dificultar aún más el ingreso a la población de origen judío. Los sucesivos obstáculos introducidos por el gobierno argentino entraban en conflicto con los proyectos migratorios promovidos por las autoridades polacas. En Polonia, a partir de esta misma época aumentó la presión para impulsar la emigración de las minorías étnicas. Consecuentemente, a medida que Argentina introducía nuevas restricciones, iban surgiendo iniciativas cada vez más elaboradas para eludirlas. Estas, apoyadas extraoficialmente por las autoridades polacas, encendían las relaciones bilaterales y, a su vez, traían como respuesta nuevas limitaciones.



Molino en Apóstoles, 1928. Fondos de la Biblioteca Polaca Ignacio Domeyko.

La Segunda Guerra Mundial y la última etapa migratoria

El estallido de la Segunda Guerra Mundial puso fin a la recién recuperada independencia y paralizó casi por completo los movimientos migratorios. El país fue invadido, primero, por la Alemania nazi y, posteriormente, por el ejército soviético. Las principales ciudades quedaron destruidas y Polonia sufrió una devastación absoluta de las estructuras sociales, económicas y políticas. En el año 1945, al finalizar la guerra, llegaron cambios importantes en la escena internacional que dividieron al mundo en dos bloques antagónicos. Tras esta división, Polonia quedó situada detrás de “la cortina de hierro” y pasó a formar parte de la zona controlada por la URSS, que se ocupó de colocar en el poder a personas de confianza del régimen soviético.

Como consecuencia del nuevo orden mundial, las fronteras polacas se desplazaron hacia el oeste. Se calcula que al terminar el conflicto bélico alrededor de 3,5 millones de ciudadanos polacos se encontraban fuera del nuevo territorio. Dentro de esta cifra, alrededor de 575 mil corresponden a soldados de las disueltas Fuerzas Armadas que se hallaban repartidos por diferentes países y continentes. Muchos por motivos ideológicos, no podían o no querían regresar a Polonia. Los excombatientes pertenecientes a este grupo formaron parte del último contingente de polacos llegados a Argentina. Gracias a las presiones de organizaciones internacionales –como la Organización Internacional de Refugiados (OIR) o la Cruz Roja– durante los primeros años de postguerra fue autorizado el ingreso de unos 19 mil soldados desmovilizados y sus familias provenientes mayoritariamente de Italia y Gran Bretaña.

Paralelamente, en Polonia la nueva situación significó un cambio importante en la actitud con respecto a la emigración. Esta empezó a ser considerada como una “enfermedad” propia de los países capitalistas y, por ende, había que tomar medidas para que no se expandiera. Las autoridades de la Polonia Popular pretendían obstaculizar e incluso impedir las salidas al exterior de sus ciudadanos, especialmente si existía la más mínima sospecha de que no se iba a producir el retorno. Como resultado, a partir de la década de los 50, salvo casos individuales, los movimientos migratorios entre ambos países quedaron interrumpidos.

Referencias bibliográficas

- DEVOTO, F. J. (2000). La llave de cristal: el Estado argentino y la inmigración centroeuropea entre dos posguerras. En Opatrny, J. (ed.), *Emigración Centroeuropea a América Latina*, vol. I. Praga: Universidad Carolina de Praga, Karolinum.
- KOWALSKA, M. (1989). La emigración judía de Polonia a la Argentina en los años 1918-1939. *Estudios Latinoamericanos*, nº 12, pp. 249-272.
- PORADA, K. (2022). La inmigración polaca en la Argentina de entreguerra: las políticas migratorias en el país de origen y en el de destino. *Revista de Indias*, vol. LXXXII, nº 284, pp. 229-256.
- SMOLANA, K. (1983). Za ocean po lepsze życie. En Kula, M. (coord.), *Dzieje Polonii w Ameryce Łacińskiej*. Breslavia: Zakład Narodowy im. Ossolińskich.
- STEMPŁOWSKI, R. (2011). *Polacy, Rusini i Ukraincy, Argentyńczycy Osadnictwo w Misiones 1892-2009*. Varsovia: Muzeum Historii Polskiego Ruchu Ludowego e Instytut Studiów Iberyjskich i Iberoamerykańskich UW.





Colonos polacos en Polana, Misiones, 1937. Fondos de la Biblioteca Polaca Ignacio Domeyko.

La comunidad japonesa en la Argentina

Cecilia Onaha



La llegada de los japoneses a la Argentina como migrantes se produce a fines del siglo XIX. No es el resultado de políticas específicas, a diferencia de los casos de Perú y Brasil, en los que la inmigración japonesa se inició a partir de la necesidad de mano de obra para las plantaciones. En el caso de Argentina, fueron precisamente japoneses reemigrantes de esos países, quienes buscaban mejores condiciones de vida y trabajo, los que llegaron a este suelo. Su presencia luego se vio acrecentada por la llegada de aquellos atraídos por la información emitida por los primeros, lo que dio inicio a cadenas migratorias de diversas formas.

La inmigración japonesa tanto a Perú como al Brasil había sido impulsada en particular por los dueños de las grandes plantaciones, de azúcar y café respectivamente, apoyados por sus respectivos estados. En el caso del Brasil, en un principio ellos promovieron la inmigración alemana, pero estos trabajadores no soportaron por mucho tiempo las condiciones de trabajo de las plantaciones y regresaron a su país o volvieron a emigrar a centros urbanos. Entonces las autoridades intentaron reclutar trabajadores italianos, pero tampoco toleraron las condiciones impuestas, que además eran totalmente diferentes de las prometidas por los agentes de migración. Los abusos cometidos por ellos condujeron incluso a la intervención del gobierno italiano, el cual a través de medidas como la sanción del decreto Prinetti, prohibió la acción de esos agentes en todo el territorio de dicha nación. Finalmente se decidió reclutar trabajadores japoneses. En realidad, los primeros contingentes de japoneses tampoco se que-

daron en las plantaciones y así, por ejemplo, del total de miembros que componían el primer contingente de inmigrantes japoneses (780 personas), arribado en junio de 1908, catorce meses después solo un 10,7% permanecía en las plantaciones a las que habían sido asignados. Sobre el destino de los que salieron, se sabe que 160 se dirigieron a la Argentina.

Pero las relaciones entre argentinos y japoneses se originaron mucho antes. Incluso antes de que se concretaran las relaciones oficiales entre los gobiernos de ambos países. Ya durante la segunda mitad del siglo XIX, es la élite de Buenos Aires la que se ve influida por el japonismo –corriente estética en boga en las principales capitales europeas-. Así, comerciantes argentinos y representantes de tiendas europeas comenzaron a reimportar productos de arte japonés. Posteriormente, los propios comerciantes japoneses comenzaron a abrir filiales de sus casas comerciales en Buenos Aires.

Según menciona Kenkichi Yokohama, una personalidad destacada en el comercio de arte, ya en la segunda década de la era Meiji (1868-1912) se observa la presencia de algunos argentinos en Japón. El primero de ellos es Mauricio Mayer, en 1885, quien junto con un amigo de apellido D'Amico, se abocaron a recoger muestras de obras de arte para llevarlas a la Argentina. Se dice que a su regreso cargaron con un equipaje de más de cien bultos. Inmediatamente después, Mayer abrió un negocio, al que denominó “Dai Ichiban” (Número uno). Según Yokohama, quizás la razón de haber escogido este nombre fue porque al parecer los negocios dedicados a la venta de productos para extranjeros, ubicados en las zonas determinadas por el gobierno de Meiji para su residencia, en las primeras ciudades-puerto abiertas a ellos (Yokohama, Kobe, etc.) eran denominados por números. Mayer

comenzó así la venta de porcelanas, objetos de laca, metal, armas antiguas, grabados y telas de seda. Al parecer, no solo fue el introductor de productos japoneses, sino que durante su estancia en Japón también publicó en un periódico argentino, una columna titulada “Noticias del Japón” que tuvo gran repercusión.

La misma familia Mayer mantuvo durante largo tiempo sus relaciones con Japón y, por ejemplo, el hijo del señor Mauricio Mayer, Carlos, se desempeñó como abogado para la sucursal en Buenos Aires del Yokohama Shôkin Ginkô (The Yokohama Specie Bank), primer banco japonés dedicado a operar en el exterior.

Por otra parte, entre los primeros comerciantes japoneses que llegaron a Buenos Aires, es de destacar el caso de Bunpei Takinami. Sobre él, Keiko Imai ya ha publicado un trabajo en español en la revista *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, de modo que me limitaré a mencionar algunos comentarios que el señor Yokohama testimoniara respecto de los primeros tiempos de Takinami en Buenos Aires.

Takinami inicialmente se dedicó a los negocios de exportación e importación a China y Rusia. Estando en Rusia, en 1904 estalló la guerra con Japón y gracias a la Cruz Roja Internacional pudo regresar a su país, aunque este hecho le significó una gran pérdida económica. Pero el episodio que lo llevó a poner los ojos en Sudamérica tuvo lugar mientras administraba un negocio de venta de productos para extranjeros en Kobe. En una oportunidad se presentaron tripulantes del buque escuela de la marina argentina Fragata Presidente Sarmiento y quedó fuertemente impresionado por la forma de comprar de esos argentinos, quienes adquirieron todo tipo de productos de laca, seda y porcelana de su tienda. Intrigado por saber de dónde provenían estos clientes, desplegó un planisferio y así conoció Argentina. Fue en ese

instante que, al parecer, decidió que aquel era el lugar más apropiado para desarrollar actividades comerciales y al año siguiente, en 1905, partió para Buenos Aires.

Para ese entonces ya se encontraban otros japoneses como Yoshio Shinya y Sanshiro Marui, quienes lo guiaron por la ciudad. Se hospedó en un hotel de la hoy tradicional Avenida de Mayo y rentó una de las salas del hotel para exponer los productos que traía para vender. El episodio de la venta de dos buques que la marina de guerra argentina tenía en construcción en los astilleros Ansaldo, en Italia, a la armada japonesa y su participación exitosa en la guerra Ruso-Japonesa (1904-1905), a lo que se sumó el regreso de la fragata Sarmiento y las anécdotas de sus tripulantes acerca de su paso por Japón, todo ello sirvió de promoción y así el momento no pudo ser más propicio. Los curiosos habitantes de Buenos Aires se abalanzaron sobre los productos en venta y en un instante se terminó de vender todo. Hasta los envoltorios y las cajas de madera en que habían sido embalados fueron comprados, porque todo resultaba novedoso e interesante a los ojos de los porteños. Algunos de los productos resultado de este comercio hoy forman parte del acervo del Museo Nacional de Arte Oriental.

Pero con respecto a los trabajadores de las plantaciones, ¿cómo les fue posible no solo sobrevivir en Buenos Aires, sino ahorrar para independizarse? Una respuesta es la publicada en el número de enero de 1919 del mensuario Kaigai (Ultragol), en el que se menciona que los trabajadores japoneses se empeñaban en ahorrar todo lo posible del sueldo diario, el cual no variaba del que recibían otros trabajadores europeos, pero la gran diferencia estaba marcada por la forma de vida. Por ejemplo, la dieta alimenticia era diferente y por ello podían llevar una vida muy austera, conservando el estilo de vida llevado en Japón.

Con el capital reunido al cabo de dos o tres años –aquejlos que conseguían trabajar como empleados domésticos, en más breve tiempo que los obreros–, iniciaron actividades como trabajadores independientes en el área de servicios (cafés, taxistas, lavanderías y tintorerías) o como floricultores y horticultores en el Gran Buenos Aires. De este modo, quienes llegaron a administrar una actividad independiente ya sea su propio comercio o quinta, a su vez recibían a los recién llegados, quienes a medida que aprendían el idioma y el trabajo iban familiarizándose con la nueva sociedad y en breve tiempo estaban listos para abrirse un camino independiente.

En este ambiente, los inmigrantes japoneses hallaron un lugar para su desarrollo y ello les permitió sobrellevar relativamente bien las crisis periódicas por las que atravesó la Argentina, de modo que, de inmigrantes temporarios, pasaron a inmigrantes radicados en el país, aunque hasta la Segunda Guerra Mundial en ningún momento desecharon el sueño de volver a su suelo natal.

En las comunidades latinoamericanas de japoneses, fue la guerra el hecho detonante del cambio de estrategia de inmigrantes temporarios a permanentes. Este episodio los convirtió en “japoneses étnicos” y, como tales, pasaron a integrarse más plenamente a la sociedad receptora. Pero en el caso de la Argentina, claras diferencias en la postura política adoptada por el gobierno durante el conflicto bélico nos permiten señalar una característica más.

Argentina recién rompió relaciones con Japón en enero de 1944 y declaró la guerra en marzo de 1945. Hasta ese momento e incluso una vez en guerra, no hubo medidas significativas contra los japoneses en el país. Si bien la derrota acabó con el sueño de regresar, ella tampoco significó la ruptura con Japón, pronto se iniciaron actividades de

ayuda a las víctimas de la guerra y el envío de alimentos. Además, el propio gobierno argentino se movilizó para ayudar al rápido retorno de los hijos nacidos en Argentina, quienes por razones de estudio se habían trasladado al Japón y pudieron sobrevivir a la guerra. Posteriormente se reabrió la posibilidad de llamar a familiares y allegados para inmigrar a la Argentina.

La posguerra

La situación de los repatriados japoneses del continente asiático, tras la derrota, abrió un nuevo capítulo en la historia de los emigrantes japoneses de ultramar. Resultado de las políticas adoptadas con ellos es también el perfil que adquirió el inmigrante japonés de posguerra en la Argentina.

Respondiendo a los diferentes planes coordinados en nuestro país por la Cooperativa de Colonización Argentina, llegaron repatriados de Corea y otros territorios coloniales o regiones ocupadas por el ejército japonés. También en otro grupo se incluyen las llamadas “novias por fotografía” o el resultado de casamientos por poder, que en las décadas de 1950 y 1960 incluso fueron noticia de artículos periodísticos. Podemos mencionar por último nuevos casos de inmigración por deslizamiento. En esta oportunidad, víctimas de programas fallidos, como los de República Dominicana, Bolivia, Paraguay.

El 10 de octubre de 1953, nace la Cooperativa de Colonización Argentina –ATAKU–, que coincide con la gran oleada de japoneses llegados en la posguerra. En ese mismo año se creó la Secretaría de Emigración en el Departamento Euro-Americanos del Ministerio de



Fotos del libro *Álbum de la colectividad japonesa en Argentina*, 1935.
Archivo Histórico de la Colectividad Japonesa en la Argentina (AHCJA).

Asuntos Exteriores y en enero de 1954 se constituyó la Federación de Asociaciones de Ultramar, cuyo rol fue seleccionar inmigrantes de aquellos jóvenes que respondían de todo el país. ATAKU, como su contraparte, cumplió el rol de recibir a los inmigrantes y llevar adelante la adquisición y el loteo de terrenos de personas que se ocupaban de emprendimientos de colonias, trámites para la explotación y orientación en la administración agrícola. Entre 1953 y 1963, consolidó las bases de la migración en el momento de mayor auge.

Si bien la decisión de radicarse definitivamente caracterizó a estos inmigrantes, irónicamente, por ese mismo motivo, el deseo de preservar la cultura fue más fuerte y se hizo conscientemente.

En esta etapa, un hecho muy significativo fue la firma del Acuerdo de Migración, el 20 de diciembre de 1961, en la última jornada de la visita del presidente Arturo Frondizi al Japón. Era la primera vez que un mandatario argentino –e incluso sudamericano– visitaba Japón. Las primeras colonias establecidas bajo este marco legal fueron las de Garuhapé en Misiones y Andes en Mendoza. Paralelamente, dado el desarrollo adquirido tanto por la horticultura como la floricultura, generando organizaciones cooperativas, también el gobierno, tanto a nivel nacional –por el Consejo de Asuntos Agrarios del Ministerio de Agricultura y Ganadería de la Nación– como el correspondiente en la provincia de Buenos Aires, pusieron su atención en el planeamiento y creación de colonias para la práctica intensiva de la agricultura. De sus acciones surgieron las colonias La Capilla de Florencio Varela, la Colonia Laguna de los Padres –próxima a Mar del Plata– y la Colonia Justo José de Urquiza en la localidad de Melchor Romero –partido de La Plata–, entre otras. Por su parte, el gobierno japonés, a través del Servicio de Emigración al Exterior, creado en 1963 en el seno del

Ministerio de Relaciones Exteriores, desarrolló pequeñas colonias en terrenos adquiridos por ellos.

En el último cuarto del siglo XX y durante la celebración de los cien años de la presencia japonesa en Argentina, el aporte más interesante fue sin duda el Jardín Japonés de Buenos Aires. La gran protagonista en este caso pasó a ser la colectividad, y como prueba de agradecimiento al país que los recibió cálidamente, el Jardín Japonés es hoy parte del patrimonio cultural de la Ciudad de Buenos Aires.

En el mismo período también la colectividad dio pruebas de su compromiso con el país, habiendo sufrido la desaparición forzada de 17 miembros que hoy forman parte de la lista de detenidos-desaparecidos víctimas del terrorismo de Estado. Tiene el orgullo asimismo de contar con excombatientes veteranos de Malvinas.

Luego, en 1998 y 2008, con motivo del 90º aniversario y del centenario de la inmigración okinawense, la Avenida de Mayo en el tramo de Piedras a la Plaza de Mayo fue escenario de coloridos desfiles. Este tipo de evento público se fue repitiendo en determinadas circunstancias como demostración de solidaridad, como en el caso de la campaña de apoyo a los damnificados por el terremoto y tsunami que asoló la región de Tohoku en 2011, y luego simplemente bajo la denominación de “Festival Japonés”, sobre la avenida Santa Fe en el tramo de Maipú a la Plaza San Martín, o los espacios auspiciados por la Ciudad de Buenos Aires, bajo la denominación “Buenos Aires celebra Japón”.

Referencias bibliográficas

- FANA (Federación de Asociaciones Niponas de la Argentina) (2004-2006). *Historia del inmigrante japonés en la Argentina*. Tomo I y II. Buenos Aires.
- KRAPP, F. (2019). *Una isla artificial: crónica sobre japoneses en Argentina*. Buenos Aires: Planeta.
- ONAHA, C. (coord.) (2015). *Asia en Argentina. Reconociendo historias y culturas propias*. Buenos Aires: CARI/ Estudios Internacionales.
- SAITO, H. (1960). *Ijuusha no idou to teichaku ni kansuru kenkyuu* (Estudio sobre la radicación y movimiento de los inmigrantes). Publicación del Instituto de Economía y Administración, Universidad de Kobe.
- SANCHÍS MUÑOZ, J. R. (1997). *Japón y la Argentina. Historia de sus relaciones*. Buenos Aires: Sudamericana.

Fotos del libro *Álbum de la colectividad japonesa en Argentina, 1935*.

Archivo Histórico de la Colectividad Japonesa en la Argentina (AHCJA).

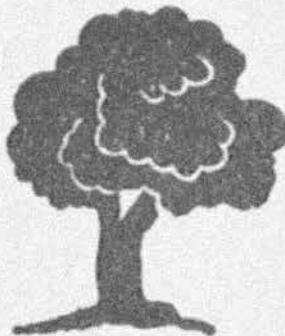






Cesare Civita: un empresario italiano
en la Argentina

Eugenio Scarzanella



EDITORIAL ABRIL
BUENOS AIRES

“A veces me parece que hay ‘alguien’ apoyado al respaldo de la silla, que lee con interés sobre mi espalda las páginas que estoy escribiendo”. Así escribe Cesare Civita en la introducción a su autobiografía fechada en Nueva York en diciembre de 1986.

Me reconozco en este “alguien”, que solamente muchos años después tuvo entre las manos el libro *La mia vita*. La lectura de esta autobiografía me ha impulsado a realizar una larga investigación histórica, publicada hace pocos años. La historia de Cesare Civita es una historia de emigración, una historia de éxito con un final triste.

Civita era codirector editorial de la sociedad Mondadori en Milán cuando las leyes raciales de Mussolini lo obligaron a dejar Italia. Se trasladó con su familia a Francia primero y después a los Estados Unidos. Allí establece contactos con la Walt Disney Company y logra un acuerdo para comercializar sus productos en América del Sur. Se establece en Buenos Aires y en 1941 con socios italianos crea la editorial Abril. La actividad editorial es paralela al empeño en la política antifascista. Después de la guerra y durante los gobiernos de Perón, intelectuales marginados de la universidad por sus ideas políticas de izquierda (como Gino Germani, Manuel Sadovsky, Oscar Varsavsky y otros) encuentran trabajo en la editorial.

Abril había empezado su actividad con libros para niños y con la revista de cómics *El Pato Donald*. En los 50 publica varias historietas (*Misterix, Cinemisterio*) como también, con gran éxito, las primeras fotonovelas en Argentina (*Idilio, Nocturno*) y colecciones de libros para niños (*Gatito, Bolsillitos*) y adolescentes (*Hoy y Mañana*) dirigidas por Boris Spivacow y escritas por Héctor Oesterheld. Las utilidades se reinvierten en nuevas publicaciones como la revista femenina *Claudia*. Esta representó una novedad en el mercado editorial argen-

tino, un magazine muy diferente de las tradicionales revistas para mujeres, con espacio para temas culturales, encuestas y debates sobre temas de actualidad, del psicoanálisis a la revolución sexual. Abril se expande en el mercado latinoamericano y crea dos sociedades en México y Brasil. En 1963 aparece el mensual *Panorama*. Como *Claudia*, es un producto novedoso que encuentra el favor de los lectores. La revista ofrece un nuevo estilo periodístico que combina texto e imágenes. Dos nuevos magazines, *Siete Días* y *Semana Gráfica*, nacen a mediados de los 60: en sus redacciones trabajan periodistas y escritores como Rodolfo Walsh, Paco Urondo, Osvaldo Soriano, Mempo Giardinelli y Miguel Bonasso.

En 1970 la editorial Abril empieza a publicar enciclopedias en fascículos y libros en colaboración con la italiana Rizzoli a través de la América Norildis Editores Saicfiya (Anesa). La situación política después de la muerte de Perón se refleja muy negativamente sobre la editorial. Los ásperos conflictos sindicales en la imprenta, el clima de radicalización en las redacciones (muchos periodistas integran los grupos guerrilleros), las amenazas de la Triple A, empujan al editor a dejar Buenos Aires en 1975.

Después del golpe de 1976 Civita retorna a la Argentina: nuevas amenazas y la desaparición o el exilio de muchos periodistas no le permiten seguir su actividad; nuevamente se refugia en Brasil, luego en Uruguay y México y empieza las tratativas para vender la editorial Abril al Grupo Crea (Celulosa Argentina y Rizzoli). Rizzoli utiliza la ayuda del masón Licio Gelli (P2) y del banquero Umberto Ortolani para conseguir financiamientos y permisos para realizar la compra. En 1977 la editorial pasa de mano: la nueva gestión se revela incompetente y en 1982 el grupo quiebra. Civita entretanto prueba reanu-

dar su actividad en España, México y Colombia con poco éxito. Regresará a Buenos Aires al final de su vida (muere en el 2005).

Civita y sus socios

La personalidad, el carácter del empresario, es un ingrediente quizás decisivo –pero difícil de definir– en la receta que produce el éxito de una empresa o su fracaso. Civita se veía a sí mismo con las cualidades de un *condottiero*: fuerza, impulso, intuición. En relación con Alberto Levi y Paolo Terni, que en 1941 fundaron junto a él la editorial Abril, Civita se describe como quien tenía las ideas más innovadoras pero también las más difíciles de realizar: se atribuye el “olfato”, la capacidad de adivinar el negocio, pero sobre todo la de asumir el riesgo.

Le gustaba arriesgar (era también un apasionado jugador de cartas y frecuentador de casino) pero no siempre fue capaz de elegir el momento y los colaboradores para llevar adelante un proyecto: después de la venta de Abril en 1977 fracasó con sus sociedades editoriales en España y en México. Pero estas últimas tentativas pasados los setenta años de edad son expresión de su personalidad, la de un hombre que no teme empezar de nuevo, que trata de voltear el fracaso en un nuevo éxito, como le había ocurrido cuando tuvo que abandonar todo lo que tenía y huir de Italia en 1938.

El rol dominante del propietario es una de las características típicas de las industrias creadas por los italianos en la época de la inmigración masiva. También en la última ola de inmigración desde los 20 a los 60 del siglo pasado hombres como Rocca o Di Tella son sus empresas: por supuesto existen socios, colaboradores, partners extranjeros, pero el rol del jefe es determinante. En el sector edito-



420 cuadros de historietas

rial argentino las empresas (libros y diarios) estaban todas ligadas al fundador y a su familia. Las editoriales italianas Mondadori y Rizzoli eran también el fruto de un solo hombre. Sin duda en Abril era Cesare “el que comandaba todo”. Este predominio depende en buena medida del capital social que el fundador trae a la empresa y de su capacidad de desarrollarlo paralelamente al capital financiero inicial. En lo que se refiere a esto último, Civita logró traer azarosamente de Italia dinero y valores que le sirvieron para crear la sociedad. También los socios Terni, Levi, Diena y Amati tenían disponibilidad de capital. A su vez su hermano, Víctor Civita, fue de Estados Unidos a Brasil con un capital que fue integrado en la creación de la editorial Abril de San Pablo. El capital social es la suma de muchas cosas: conocimientos técnicos, experiencia previa, redes de relaciones. Civita poseía todos estos activos.

La actividad editorial en Italia es el punto de partida: sin la experiencia en Mondadori, en revistas como *Topolino* o *Grandi Firme*, nunca hubiera podido surgir Abril. Civita había aprendido cómo manejar los derechos de Disney, cómo realizar revistas modernas, contratar dibujantes, escritores, fotógrafos, artistas, cómo buscar tipografías, publicitar y distribuir el producto. Al mismo tiempo, como ocurrió con SIAM y Techint, fue decisivo para la editorial Abril el conocimiento del fundador del mundo de los negocios norteamericano.

Civita había trabajado en la empresa de su padre, que importaba y comercializaba en Italia herramientas de producción norteamericana, y había vivido en los años 30 largos meses en los Estados Unidos trabajando en las empresas proveedoras. A esta primera experiencia siguieron al comienzo de su exilio, antes de llegar a Buenos Aires, contactos con editores en Nueva York. Negoció en Los Ángeles con



Disney los derechos, un aprendizaje para futuros negocios importantes con partners diversos, del King Features Syndicate hasta Henry Luce de Time.

Los contactos de negocios no se limitaron a Estados Unidos. En la posguerra Civita retuvo y creó nuevas relaciones en Italia y en Francia. Se puso en contacto con diversos editores con quienes ya había trabajado en el pasado, por ejemplo Mondadori, y con nuevos como Del Duca, Vitagliano, Rizzoli. Compraba y vendía derechos para libros y revistas a través de una sociedad que había creado, Surameris. Con Alberto Mondadori trató asuntos de partnership empresarial (creación de una imprenta en Brasil), proyectos de publicaciones conjuntas (sobre todo enciclopedias). Gracias a Mondadori obtuvo información técnica sobre maquinarias y la compra de derechos de otras editoriales y organizó la creación de un acuerdo monopolístico a nivel mundial entre editores (un pool con directivos de Francia, Suecia, Inglaterra, Alemania y Holanda).

En la posguerra la partnership más importante con Estados Unidos fue con Time, que dio origen a la revista *Panorama*. Devenir socio de Time representó para Civita la consagración como gran editor a nivel internacional. Había llegado a este acuerdo a través de otra sociedad, la Mex-Abril.

Civita era experto en el juego de las participaciones societarias: con parte del dinero de los socios mexicanos recompró la cuota que había vendido a Fabril Financiera años antes para financiar la realización de una nueva imprenta (que comenzó a funcionar en 1963). Fabril Financiera hasta aquel momento había sido la propietaria de la imprenta donde se producían las revistas de Abril. Era una sociedad con una dirigencia conservadora y buenos lazos con el gobierno.

Las estrategias utilizadas para la expansión y la diversificación de las actividades de la sociedad en Argentina y en el exterior son la capitalización de las utilidades y la búsqueda de socios influyentes y económicamente sólidos.

Esta política de compras no siempre tuvo éxito: cuando su hijo Carlo trató de comprar las cuotas de Julio Korn de la revista *Goles* (Abril ya tenía el 20%) para expandirse en el sector de las revistas de deporte, lo hizo –según Sergio Dellachà– de manera demasiado agresiva en el curso de asambleas “al rojo vivo, con inspectores de justicia, abogados”. El recuerdo de esta tratativa influyó sobre la decisión de Celulosa Argentina, cuando se negoció la venta de la editorial en 1977, de no adjudicarse solo una cuota minoritaria como proponía Civita y pedir en cambio “el 100 por cien o nada”.

El movimiento de socios y capitales fue más dinámico en el caso de la Abril de Brasil. Su hermano Víctor, a cargo de la editorial Abril desde su creación, fue capaz de asociarse con empresarios influyentes como Gordiano Rossi, y a través de él obtuvo dinero del Banco Francés e Italiano de América del Sur y enseguida se asoció con el poderoso grupo Companhia Mechanica, de la familia Vasconcelos, que le abrió las puertas de los bancos norteamericanos.

Las redes étnicas y la familia

En la base de las sociedades están los vínculos de amistad y de relaciones personales. En buena medida se trata de redes étnicas. Los socios iniciales de Civita en Argentina y Brasil son italianos y en su mayoría se trata de judíos, que como los Civita habían dejado Italia por las leyes raciales. Pero también las empresas italianas ya radicadas

en el país o que se radicaron en la posguerra son los referentes privilegiados de Abril. Por supuesto la sociabilidad es el punto de partida. Los negocios se pueden tratar en casas privadas, en clubes que son abiertos a los extranjeros en una sociedad argentina todavía cerrada a los niveles más altos de la burguesía. Un pasado y un presente que se comparten y un idioma que sigue siendo el idioma de elección en la empresa entre socios y empleados facilitan las relaciones. También los judíos de otras nacionalidades constituyen partners privilegiados.

Las redes étnicas funcionan no solamente a nivel de la búsqueda de socios convenientes sino también en la elección de los partners comerciales y del personal de la empresa. Son muchos los nombres italianos y/o judíos que encontramos entre los más brillantes colaboradores de la editorial y no solamente al comienzo.

La red étnica se entrelaza pero no se identifica en todo con la red de las amistades políticas. La participación de Civita en grupos antifascistas y antiperonistas constituye un canal de selección de los colaboradores. La confianza se combina con la oportunidad de poder contar con intelectuales de valor. Con el tiempo estas redes disminuyen en importancia pero no desaparecen. Una red más formal es la de la masonería, que se entrelaza a la del antifascismo.

La confianza es la clave, como en el caso de los lazos étnicos, para entender el rol de la familia en la evolución de la editorial Abril. La naturaleza familiar de la empresa es al mismo tiempo una ventaja y un lastre. César confía a su hermano Víctor la dirección de la empresa que había fundado en San Pablo y a su yerno De Angelis (marido de la hija Adriana) la dirección de Mex-Abril. Su esposa Mina dirige la revista *Claudia* y su hija Adriana es periodista y directora de *Semana Gráfica*. Su hijo Carlo dirige el proyecto de creación de la imprenta y

CLAUDIA

junho



50
2,99
R\$ 100

LHOS:
HORA DA
CURIOSIDADE

ESTIQU
SE
DINHEIR

de la fábrica de papel, y se ocupa del sector técnico y financiero de la empresa. Otro yerno, Mario Hernández (marido de la hija Bárbara), es contratado como abogado de Abril. También en Brasil serán los hijos de Víctor, Roberto y Richard, los principales colaboradores del padre.

La elección de los mayores colaboradores entre los familiares comporta una mezcla entre intereses y sentimientos no fácil de manejar. Civita había querido ser como su padre, un patriarca, pero no lo logró, no pudo tener unida la familia y la empresa al mismo tiempo. Lo mismo le ocurrió a Víctor, que tuvo que dividir la sociedad en dos partes entre los hijos. César trató de controlar los nuevos miembros que entraban en la familia a través de matrimonios. De Angeli era un periodista de su confianza, que después se separó de Adriana y siguió su carrera en México, Hernández le gustaba mucho por su carácter, pero su compromiso con la guerrilla fue una de las causas de la crisis final de la editorial. La crisis del matrimonio del mismo Civita rompió un estilo de trabajo en que las decisiones eran tomadas en común entre Mina y César (el periodista Guibourg recuerda que Mina, cuando se trataba de alguna cuestión importante relacionada con la revista *Claudia*, le decía que había que esperar al día siguiente porque en la noche ella consultaba con la “almohada”). Su hijo Carlo no supo heredar el rol del padre: según un testimonio no se sentía seguro y se rodeó de “una constelación de gerentes que eran adictos al management ultramoderno”, como me contó Eduardo Guibourg. Tampoco logró insertarse en la Editora Abril de San Pablo, donde tenía una cuota, cuando tuvo que dejar la Argentina. La sociedad de Brasil era manejada con criterios diferentes y no era fácil a pesar de los lazos familiares hacer pesar su parte si bien minoritaria.

En 1974, cuando Civita tuvo que utilizar gerentes externos a la familia (Raúl Burzaco o Eric Skinner) no se sintió satisfecho, había perdido el control. El tema de la empresa familiar y sobre todo la sucesión del fundador son centrales también en dos de las mayores sociedades de origen italiano en Argentina, la SIAM Di Tella y la Techint. En ambos casos fueron confiados roles importantes a los familiares y no fue fácil la sustitución del jefe por sus hijos (en el caso Di Tella el momento del cambio se resolvió en el fracaso de la sociedad). El carácter familiar de la empresa comporta además la trasposición de las relaciones privadas a la gestión del personal. Se trata de lo que se llama en las relaciones industriales paternalismo. Un modelo que preveía no solamente un trato personal con el mayor número de empleados, también la creación de una serie de beneficios que definían la pertenencia a un ámbito común, social y cultural y la solución pactada de los conflictos. En la época del primer peronismo Civita había formado la Asociación de los Editores de Revistas y sabía tratar con los sindicatos, pero al mismo tiempo trataba de establecer relaciones directas e informales con algunos sindicalistas, como el italiano y amante de la música Ongaro, a cargo de los imprenteros. Por supuesto –la relación con Ongaro es desde este punto de vista ejemplar–, cuando en el final de los 60 y comienzo de los 70 la radicalización política y sindical aumentó, este estilo familiar perdió eficacia. Ongaro lideró los reclamos del sindicato de los imprenteros y las organizaciones de los periodistas no se dejaron llevar por el trato amigable del propietario.

Mercados, productos y fábricas

En el sector de las revistas el éxito dependía de la capacidad de ofrecer al público siempre nuevos productos con una marca de prestigio. La marca de Abril, el arbolito, valía como garantía.

La multiplicación de la oferta dependía de factores de tipo técnico: la necesidad, frente a un cupo asignado de papel, de utilizarlo creando un nuevo producto en sustitución de otro con ventas en caída. Además, existía la posibilidad de utilizar recortes de papel inútiles para publicaciones de gran formato pero perfectos para cómics y libritos para chicos. La creatividad del editor y sus contactos con el mundo editorial de Italia y Estados Unidos fueron la clave del éxito. Civita no se limitó a importar productos ya experimentados al exterior, supo elegir y modificar lo que podía gustarle al público argentino y latinoamericano. Al mismo tiempo creó sus propios productos originales que se valían de periodistas, escritores, fotógrafos, guionistas, dibujantes o gráficos locales. Como otros empresarios de origen italiano, Civita importó mano de obra calificada de Italia: Hugo Pratt, Alberto Ongaro y muchos otros crearon para los lectores argentinos historias y personajes nuevos en las historietas y en las fotonovelas. Este último tipo de revista fue creado en Italia y se adaptó perfectamente al gusto local: fue el origen del boom editorial de Abril en los 50. El mundo argentino de los negocios atravesó en los años del peronismo una situación particular, bien descrita por un industrial italiano, Agostino Rocca, que se instaló en Buenos Aires en 1948: “Rapidez, riesgo, desafíos, son las características principales del ambiente. Es preciso que seamos prudentes. Tanto los argentinos como los italianos [...] ofrecen los negocios más variados, desde camiones a pañuelos de seda

[...] y abundan los vivos". La Argentina posbética era un país rico y comprometido en un proceso de desarrollo industrial que el nacionalismo peronista quería autónomo y "soberano". Hombres como Rocca y Civita entendieron que había un margen, antes de que se asomaran los poderosos competidores estadounidenses, para transferir de Italia, todavía herida por la guerra, hombres, tecnología y equipos, aprovechando la experiencia de la autarquía fascista.

Era importante aprovechar el momento propicio, pero entender también cuándo era necesario abandonar un producto y volcarse a otros: es precisamente lo que hizo Civita cuando dejó los cómics y decidió crear una revista femenina de gran prestigio. Los datos sobre la circulación y las ventas eran un criterio determinante: era necesario desprenderse de una revista o de una colección que quizás había sido un proyecto original y prestigioso pero que no se vendía bastante bien: ocurrió con revistas como *Más Allá* (de ciencia ficción) o *Semana Gráfica* y con colecciones de libros como *Ciencia y Sociedad*, dirigida por Germani.

Otro aspecto importante de la estrategia editorial era buscar productos que se podían vender en diferentes mercados en América Latina y en Europa. Escribía Civita a Arnoldo Mondadori en 1954: "Ustedes hicieron fotonovelas muy buenas y nosotros también con artistas de gran renombre en Argentina. Podríamos hacer juntos fotonovelas con artistas de fama mundial: Lollobrigida, Pampanini, De Sica, Fabrizi. Conseguiríamos una difusión asombrosa".

Claudia fue adaptada al mercado mexicano y brasileño, *Panorama* se vendía en todo el continente y en España y *Siete Días* tuvo una edición internacional. Finalmente, el sector educativo de la editorial creó obras que pudieron venderse en varios mercados: las enciclope-

días en fascículos. Civita era un hombre culto y curioso y tenía dos hobbies, el cine y los viajes a países exóticos: pensó disfrutar estas pasiones para crear nuevos productos como audiovisuales o series de TV, pero las condiciones no fueron favorables y tuvo que abandonar tales proyectos.

Los diferentes productos necesitaban una distribución eficiente y Abril creó con RYELA su propia distribuidora. Acuerdos preferenciales con editoriales extranjeras completaban el cuadro. Por lo que se refiere a la publicidad, las revistas como *Claudia* atraían a muchos inversores y permitían ofrecer a un precio competitivo con otras publicaciones similares un producto mucho más atractivo, por el contenido, los colaboradores destacados (como Oriana Fallaci) y la excelente gráfica. Grupos económicos argentinos pudientes como los Born trataron de garantizarse una imagen positiva a través de la publicidad, como la de las revistas de la editorial Abril. Las relaciones públicas fueron cultivadas por Civita con divertidas reuniones en la sede de la editorial, que disponía de un restaurante, un salón de conferencias, un cine.

Como cada multinacional, Abril decidió que era mejor producir directamente en los mercados en que se había introducido, con lo que disfrutó de las condiciones locales otorgadas por los gobiernos, los bancos y la legislación en materia. Nacieron así la Abril de Brasil y de México y ya vimos cómo la modalidad de la creación de sociedades con partners locales y el rol de las redes étnicas favorecieron la expansión. Las “sucursales” en otros países pronto se autonomizaron y en particular la de Brasil devino en un gigante que superó a la casa madre.

La editorial Abril buscó controlar las diversas fases de la producción, que al comienzo se valían de aportes externos. En primer lugar,

VOL. 4 N° 40 SEPTIEMBRE 1956



más allá

creó su propia redacción, con lo que devino, de sociedad importadora, en sociedad de producción. En segundo lugar, fundó su propia distribuidora. El paso sucesivo fue la creación de una imprenta. El último peldaño de la escalera de la integración vertical era la creación de una papelera. Civita lo intentó a pesar del juicio negativo de socios y amigos que consideraban por razones económicas y políticas demasiado arriesgada la empresa. La Argentina importaba cada año setenta millones de dólares de papel para diarios. Civita demostró que con materia prima nacional (pulpa de sauces llorones) y maquinarias importadas de Finlandia (fue en este país que hizo el experimento de producción con madera argentina) se podía en pocos años llegar a satisfacer la demanda de los diarios nacionales sin necesidad de importar el papel. Pero lo que Civita no tuvo en cuenta fue la fuerte hostilidad al proyecto de los importadores y también de los propietarios de diarios que recibían por soborno en cuentas bancarias en el exterior dinero de los importadores (de Norteamérica y de Finlandia).

Civita logró disfrutar de la legislación sancionada por el gobierno de Onganía (Fondo para el Desarrollo de Papel y Celulosa, 1969) que ofrecía incentivos estatales y facilitaciones aduaneras y ganó con su sociedad, Papel Prensa, la licitación para la construcción de la planta durante el gobierno de Lanusse en 1972. El abogado de la editorial, Juan Ovidio Zavala, que había convencido a Lanusse de la bondad del proyecto de una sociedad mixta (Estado y privados) para la producción de papel nacional, cuenta cómo con el regreso del peronismo al gobierno en 1973 el ministro Gelbard congeló los aportes del Estado necesarios para pagar la maquinaria, ya lista para ser embarcada, y Civita “tuvo que venderle por el precio y las condiciones que fijó Gelbard las acciones de PP [Papel Prensa] que significaban el control

de la empresa". Civita tuvo que hacerlo porque Gelbard –según dijo– “nos hizo saber que la misma propiedad de la empresa editorial Abril estaba en juego”. La cuota de Civita (26%) pasó al banquero Graiver. Detrás del traspaso estaban también los intereses de los Montoneros.

Terminó en ese momento no solamente el ambicioso proyecto de integración vertical sino también la fase de expansión de la sociedad. El caso de Abril se puede comparar con el de Rocca: Techint había construido con tubos de acero importado el gasoducto de Comodoro Rivadavia a Buenos Aires, después había realizado una planta para la producción de tubos de acero (Dálmine Safta) pero no logró cerrar el ciclo con la realización de un establecimiento siderúrgico en Ensenada. Como en el caso de Abril, el lado débil del proyecto era la necesaria coparticipación con un Estado débil, dividido entre diversas facciones políticas.

Una reflexión final sobre la editorial Abril y las trampas de la política

El grupo fundador de Abril era antiperonista y con la victoria electoral de Perón tuvo que enfrentar la hostilidad del gobierno, que distribuía con criterios políticos el papel. La policía y el servicio de inteligencia del ejército controlaban a los colaboradores de la editorial, considerados de izquierda y opositores.

A nivel de las publicaciones Abril no era una amenaza, publicaba libros para chicos, historietas y fotonovelas que no contrastaban demasiado con el modelo cultural del peronismo.

Civita después de 1955 trató de ser “oficialista”, de sacarse la imagen de editor de izquierda y buscar relaciones con políticos como

Frondizi. Después de 1966 trató de aprovecharse de las medidas “nacionalistas” de los gobiernos militares para realizar su proyecto más ambicioso, Papel Prensa. En 1973 con Cámpora jugó quizás la carta de la presencia en la editorial de su yerno Hernández, que pertenecía a la fracción radical del peronismo. Para acercar posiciones, la editorial publicó la biografía de Perón escrita por su biógrafo de confianza Pavón Pereira. No le sirvió para evitar la pérdida de Papel Prensa. La relación cordial que Civita tenía con Gelbard y la de este último con Montoneros no le permitió evitar la venta forzosa de sus acciones. Él temía que lo pudieran empujar a vender también la editorial.

Recuerda el periodista Mario Ceretti que Civita “no es que coqueteó con la extrema izquierda ni que coqueteó con la extrema derecha sino que él estaba en el filo de la balanza”. Esta actitud prudente era casi imposible. Las redacciones de sus revistas estaban llenas de los mejores periodistas, escritores, fotógrafos y artistas de la época, pero muchos simpatizaban o pertenecían a los Montoneros o al ERP.

El 1 de mayo de 1974 la ruptura de Perón con los “imberbes y estúpidos” Montoneros desbalanceó a Civita. Con la derecha peronista al poder no había posibilidad de buscar compromisos, solo se podía elegir el exilio. Después del golpe de 1976 Civita pensó, como muchos, que la situación podía mejorar y regresó a Buenos Aires. Pero el Proceso no fue una reedición del golpe de Onganía e inauguró una feroz dictadura. Los militares querían confiscar propiedades y empresas (a través de la Comisión Nacional de Recuperación Patrimonial) valiéndose de la acusación de delitos económicos y de la utilización de fondos provenientes de la guerrilla. Timerman, el director de *La Opinión*, fue arrestado, torturado y privado de la nacionalidad argentina; Gelbard tuvo que exiliarse. En abril de 1977 arrestaron a

Lanusse, acusado de corrupción en la creación de la empresa Aluar de Gelbard.

Civita partió de nuevo al exilio y dejó a Raúl Burzaco la tarea de renovar todos los créditos y cancelar todas las deudas: temía que le expropiaran la empresa antes de poder poner en orden sus cuentas y venderla. La venta de la editorial Abril fue una operación política: Massera tuvo un rol determinante a través de su amigo Licio Gelli. El almirante amenazó a Civita: sus “muchachos” ametrallaron el departamento del editor en Buenos Aires.

La política argentina entre 1966 y 1976 fue un mar en tempestad: cambios de gobierno, de ministros de economía, violencia. La empresa de Civita en estos años era una empresa diferente que la del comienzo: sus revistas políticas apetecían a los que se disputaban el poder. César trató de mantener una posición de equilibrio, de contentar al poderoso de turno, de aceptar la censura, de despedir periodistas, de pagar coimas para no ser perseguido, pero no fue suficiente. Más fácil fue la relación de su hermano Víctor con los militares brasileños. Estos últimos garantizaron a las empresas continuidad y habilidad en la gestión del poder económico comparados con sus homólogos argentinos.

A pesar de la adquisición de la ciudadanía argentina, ser de origen extranjero fue una desventaja para Civita; y ser judío, un obstáculo. Su apellido, como a la mayoría de los judíos italianos, no lo identificaba como tal, pero seguramente no pasó inadvertido para los militares y la derecha. Y él supo que el antisemitismo en la Argentina del Proceso, como en la Italia de Mussolini, lo condenaba al exilio.

Escribe en sus memorias: “...creo que los eventos que interrumpieron mi actividad, en 1977, ocurrieron en el momento justo, cuan-

do quizás mis capacidades empezaban a declinar". Pero quienes se apoderaron de la empresa no tenían capacidades algunas e hicieron fracasar la editorial. Fue "un naufragio doloroso". Dilapidaron un patrimonio cultural y empresarial fruto de la iniciativa y del trabajo de décadas de César Civita, de sus socios, de los periodistas y de todos los trabajadores de Abril.

Referencias bibliográficas

- BERTAGNA, F. (2014). Techint e gli altri. Penetrazione industriale ed emigrazione italiana nell'Argentina peronista (1946-55). *Studi Storici*, 3/2014, pp.615-644.
- CASSESE, N. (2008). *Los Di Tella. Una familia, un país*. Buenos Aires: Aguilar.
- CERETTI, M. (2005). Entrevistas a periodistas argentinos. Material de producción del libro Paren las rotativas, de Carlos Ulanovsky. Buenos Aires: Archivo TEA y DeporTEA.
- CIVITA, C. (1987). *La mia vita* (edición numerada de 120 copias). Milán: Giorgio Mondadori.
- OFFEDDU, L. (1984). *La sfida dell'acciao. Vita di Agostino Rocca*. Venecia: Marsilio.
- SCARZANELLA, E. (2016) *Abril. Un editor italiano en Buenos Aires de Perón a Videla*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- — (2012). Transnacionalismo e industria. Tres empresarios italianos en la Argentina (1946-1976). En González Martínez, E. y Merino Hernández, A. (eds.), *De ida, vuelta y doble vuelta*, pp. 187-210. Madrid: Ediciones Polifemo.

Cuatro teorías acerca del origen de los judíos argentinos

Iván Cherjovsky



Inauguración del Asilo Infantil Israelita, 1925. Archivo General de la Nación.

Introducción

Entre fines del siglo XIX y mediados del XX, la Argentina recibió a miles de judíos que dejaban atrás el viejo mundo en busca de mejores oportunidades y de mayor tolerancia. En 1960, su número había trepado a unos 300.000, por lo que conformaba la séptima comunidad más numerosa entre las naciones. La mayoría eran ashkenazies hablantes de ídish que procedían del este europeo, pero también arribaron sefaradíes y orientales hablantes de judeoespañol y de árabe, que llegaban desde el Magreb y de Medio Oriente. Más tarde, fue el turno de quienes escapaban del nazismo y, finalizada la guerra, de los pocos que lograron saltar la frontera oriental antes de que el avance de la URSS la transformara en cortina de hierro.

La impronta judía en la cultura argentina es notable. Aunque en la actualidad existen más de cincuenta comunidades dispersas por varias provincias, su influjo se ha hecho sentir especialmente en las grandes ciudades. En Buenos Aires, puede apreciarse en distintas expresiones artísticas y mediáticas, como la literatura, el cine, el teatro, la televisión y la prensa. Pero también en las instituciones y emprendimientos anclados en el tejido urbano porteño, donde proliferan sinagogas, escuelas, asociaciones de ayuda mutua, clubes, restaurantes y, en los últimos años, tiendas de productos y de servicios *kosher*.

Si le preguntáramos a algún especialista en historia migratoria cuáles fueron las causas del arraigo de los judíos en un país a priori remoto y de impronta católica, seguramente opinará que el diseño de una sociedad secular por parte del estado ha sido un factor determinante. En efecto, en 1813 se abolió la Inquisición, en 1853 se sancionó la Libertad de Cultos, en 1884 se promulgó una ley educativa laica y

en 1886 surgió el Registro Civil. Si bien ese modelo de país cosmopolita fue puesto en tensión durante el siglo XX, cuando el antisemitismo se hizo carne en circunstancias tales como la Semana Trágica de 1919, el despertar católico-integrista de los años treinta, la reacción judeofóbica nacionalista de la primera mitad de los sesenta y los dos atentados internacionales de los noventa, el balance se inclina hacia el lado de la coexistencia y de la integración exitosa. En las últimas cuatro décadas, el retorno democrático y la globalización inyectaron en la sociedad el paradigma del respeto por la diversidad cultural, materializado en políticas como la Ley Antidiscriminación, la inclusión de la historia de la Shoá en la currícula escolar y el impulso a la celebración de festividades y conmemoraciones en la vía pública.

Si ahora quisiéramos conocer más detalles acerca de los orígenes y le preguntáramos a nuestro amigo *inmigrantólogo* cuándo se inició exactamente la vida judía en la Argentina, nos dirá que no existe una fecha precisa, que se trata más bien de un proceso histórico, en parte espontáneo y en parte organizado. Y agregará que los primeros individuos y familias llegaron a partir de la década de 1850 desde Francia, Alemania, Inglaterra e Italia, conformando un primer núcleo de comerciantes, aventureros, artesanos y representantes de empresas extranjeras. También, que desde 1865 llegaron marroquíes que huían de la guerra con España, así como unas pocas familias campesinas que se instalaron en la colonia agrícola Esperanza, muy cerca de la ciudad de Santa Fe, para concluir que el ingreso de judíos en forma masiva se inició algo más tarde, con el plan de colonización agrícola lanzado en 1891 por el barón de Hirsch y su *Jewish Colonization Association*.

Sin embargo, aunque esta explicación goza de buena salud entre los investigadores académicos, existen tres narrativas alternativas a la

versión historiográfica acerca de los orígenes de la colectividad judía argentina. Según la más difundida, el punto de partida corresponde al año 1889, cuando llegaron los pioneros que crearon la colonia Moisés Ville, en la provincia de Santa Fe. La segunda teoría se remonta hasta el período colonial, focalizando en los judíos expulsados de la península ibérica que debieron ocultar su fe debido a la persecución inquisitorial. La tercera es la más audaz: propone que algunos pueblos originarios indoamericanos habrían sido descendientes de las diez tribus perdidas del Israel bíblico. Según este punto de vista, los judíos de la Argentina no serían unos meros huéspedes, sino más bien los anfitriones.

Aunque las teorías alternativas parecen provenir de una mezcla de pensamiento mágico con versiones del pasado *prêt-à-porter*, las tres han sido planteadas por intelectuales y activistas comunitarios que mostraron unas credenciales lo más académicas posible, que recuperaron a argumentaciones racionales y que, siempre que pudieron, utilizaron el lenguaje de la ciencia. En las tres, observaremos un propósito común: legitimar a los judíos como una minoría válida dentro de la sociedad del crisol. Iniciaremos entonces nuestro breve recorrido comenzando por la idea de un origen campesino o colono.

El origen colono

La teoría más ampliamente difundida propone que el origen de los judíos argentinos tiene una fecha concreta y precisa: el 14 de agosto de 1889. Ese día, desembarcó en Buenos Aires el vapor Weser que traía entre sus pasajeros a ciento treinta familias oriundas de la región ucraniana de Podolia. Dos meses más tarde, luego de haber sorteado varios contratiempos, parte del grupo se asentó en campos del centro

geográfico de la provincia de Santa Fe, en una colonia agrícola a la que llamaron Moisés Ville.

Se trataba de una experiencia atípica por dos motivos. Primero: eran judíos procedentes del este europeo que emigraban a un país remoto, para ellos desconocido y con un pasado vinculado a la Inquisición. Segundo: eran habitantes de aldeas dedicados al pequeño comercio y al artesanado que deseaban transformarse en agricultores siguiendo el imperativo moral de la modernización del pueblo judío por la vía del trabajo productivo, un ideal que comenzaba a cobrar fuerza y que encontraba en la memoria religiosa un aliado ideal. En consecuencia, Moisés Ville no tardó en atraer la atención del barón Maurice de Hirsch, el acaudalado filántropo judeo-alemán interesado en ayudar a sus correligionarios oprimidos por el zarismo. El barón estudió la situación con la mentalidad del ingeniero que era (averiguó, por ejemplo, que en 1881 el presidente Julio A. Roca había emitido un decreto con el que invitaba oficialmente a los judíos a emigrar a la promisoria Argentina) y decidió crear una compañía transnacional destinada a salvar a miles de personas de la violencia y de la pobreza (se habló incluso de tres millones). Así nació la Jewish Colonization Association, la empresa filantrópico-productivista que entre 1891 y 1950 estableció a más de treinta mil judíos en distintas provincias agroproductoras de la región pampeana. Los últimos en colonizarse fueron alemanes que huían del nazismo, y que lograron ingresar al país gracias a las gestiones realizadas por la *Jewish* ante el gobierno argentino para conseguir visados, un asunto nada sencillo a fines de los años 30.

La aparición en escena de la *Jewish* resultó clave para atraer judíos al país en forma masiva. La empresa ofrecía la oportunidad de asen-



Familia de las colonias judías, c. 1940. Centro Mark Turkow.

tarse en un terreno propio, que contaba con una casa, animales de tiro, vacas lecheras e implementos de labranza, ubicado en una verdadera aldea judía donde había sinagogas y escuelas con educación hebreo-castellano. Todo pagadero en cómodas cuotas a largo plazo, lo que permitió a muchos colonos capitalizarse y encaminar la economía familiar. A medida que las colonias se poblaban, los propios beneficiarios del plan del barón fueron atrayendo a otros interesados al relatar las experiencias vividas en el nuevo hogar, ya sea por medio del correo postal o bien publicándolas en la prensa hebrea del este europeo.

Estos también comenzaron a optar por establecerse en las ciudades, a las que concurrían además muchos hijos de colonos para estudiar carreras profesionales y para emprender sus aventuras personales en el mundo del trabajo, el comercio, la industria, las artes o la política.

A la luz de estas circunstancias, la idea del origen colono se apoya en un argumento bastante lógico y, a la vez, ofrece un relato melodramático, de características cinematográficas. Llega un barco con cientos de familias pobres que huyen del zarismo y que experimentan terribles peripecias, incluyendo la muerte de medio centenar de niños por una epidemia de tifus. Además, se proponen lograr una suerte de redención del estigma que pesa sobre los judíos en la modernidad, trabajando la tierra para cultivar el trigo con el que amasarán su propio pan. Con esa sinopsis en mente, distintos intelectuales y líderes comunitarios elaboraron una narrativa legitimante, en momentos en que el ideario nacionalista obligaba a las distintas minorías migratorias a presentar credenciales argentinas. En el relato, las colonias eran la prueba viviente de que los judíos eran personas laboriosas, llegadas para aportar al modelo de la Argentina “granero del mundo”, y que,

Gerchunoff mediante, hasta podían transformarse en verdaderos gauchos, justamente en el momento en el que el gaucho se convertía en el “ser nacional” al calor del auge de la literatura criollista y de las ideas de los intelectuales nacionalistas. Los gauchos judíos tuvieron al antagonista obligado en la organización judía de tratantes de blancas desbaratada durante los años treinta.

El mito del origen colono comenzó a consolidarse a partir de los festejos por el Cincuentenario de la colonización, realizados en octubre de 1939. Llegados a 1989, la comunidad celebró el Centenario de la vida judía en la Argentina. Sin embargo, esta teoría presenta un problema importante: cuando los viajeros del Weser desembarcaron, en Buenos Aires existía una sinagoga. No era muy grande, apenas un departamento alquilado; pero contaba con su propio rabino y tenía más de setenta asociados. Se trata de la Congregación Israelita de la República Argentina, fundada en 1860 como Congregación Israelita de Buenos Aires. Más tarde, la CIRA creció hasta construir su propio templo: la icónica sinagoga de la calle Libertad. Víctor Mirelman, Haim Avni y otros historiadores han trabajado sobre esa presencia temprana de unos mil quinientos judíos “pre-Weser”.

¿Cómo sortearon esas contradicciones los emprendedores de la memoria colectiva comunitaria que idearon la narrativa colonia? Es interesante atender a la argumentación de José Mendelson, un influyente educador, autor de dos de los artículos de *50 años de colonización judía en la Argentina*, el libro conmemorativo publicado por la Delegación de Asociaciones Israelitas de la Argentina (DAIA) durante los festejos de 1939. En *Génesis de la colonia judía en la Argentina (1889-1892)*, afirma que el 14 de agosto de 1889 debía ser consagrado como la fecha iniciática de la vida judía en el país. Aunque Mendelson

no desconocía las experiencias previas a la colonización, tanto durante la época colonial como en el período 1850-1889, las consideraba una suerte de “prehistoria” de la vida judeoargentina. Mendelson se esmeró por imprimir a su trabajo el mayor rigor historiográfico posible: citó las fuentes utilizadas, explicitó los defectos debidos a la imposibilidad de revisar ciertos archivos y presentó una cronología ordenada de los acontecimientos. Si bien la idea cuajó, también dejó abierta la puerta para nuevas hipótesis y mitos de origen.

El origen marrano

En efecto, la segunda teoría alternativa propone que la presencia judía en la Argentina debe incluir los acontecimientos ocurridos durante el período colonial, cuando llegaron judíos conversos procedentes de los reinos de la península ibérica. Es un hecho documentado que hubo judíos en América desde el momento mismo de la exploración y la conquista. Y que ese flujo se incrementó a partir del establecimiento de la Inquisición en Portugal, en 1536.

Las vicisitudes experimentadas por los judíos (en su mayoría conversos) en la América colonial han sido exploradas por historiadores y antropólogos que se valieron de la documentación hallada en los tribunales del Santo Oficio, especialmente de las actas de procesos judiciales contra criptojudíos, es decir, conversos acusados de continuar practicando el judaísmo a escondidas. El antropólogo francés Nathan Wachtel ha mostrado cómo en algunos de esos casos la identidad judía perduró durante varias generaciones, aun con las deformaciones lógicas surgidas en las prácticas y en las creencias debido al ocultamiento.

Ahora bien, aun cuando se fundamente en hechos históricos documentados, la teoría del origen marrano presenta un problema importante. De acuerdo con las investigaciones del historiador Boleslao Lewin, un especialista en el tema, llegados al siglo XVIII ya no existían rastros de judaísmo viviente en la colonia. Cuando la Asamblea de 1813 abolió la Inquisición y cuando, más tarde, la provincia de Buenos Aires promulgó una temprana Libertad de Cultos, no hubo familias católicas que hicieran explícito su origen judío. Por consiguiente, ¿es válido yuxtaponer la historia de la Argentina con la del período colonial, cuando no hubo continuidad? ¿Este razonamiento no implica la subversión de la cronología histórica?

Los autores que siguen esta línea narrativa sostienen que sí. Entre sus argumentos sobresale el legado duradero que los judíos dejaron en la sociedad colonial. Uno de los casos más citados es el del obispo Francisco de Victoria, el converso devenido sacerdote que abrió nuevas rutas comerciales que facilitaron el desarrollo de la economía del Tucumán a fines del siglo XVI, por lo que se lo señala como un visionario del futuro potencial argentino. Otros intentaron esquivar la objeción cronológica recurriendo a la ligazón que se establece en nuestra cultura entre sangre e identidad. Por ejemplo, Mario Sabán realizó una exhaustiva investigación para documentar el origen judío de renombradas familias y personalidades católicas argentinas a partir de un antepasado común, Juan Rodríguez Estela, casado en 1641 con Catalina de Aguilar y Salvatierra, una mujer católica. Según registros fehacientes, Rodríguez Estela habría confesado su criptojudáismo bajo tortura. Luego, a lo largo de muchas generaciones, ese matrimonio mixto original se ramificó en 486 familias católicas. Entre otras personalidades, la lista de descendientes incluye al linaje

Pueyrredón, a José Hernández y al premio nobel Federico Leloir. Sa-bán también elaboró una segunda lista de personalidades que tendrían ascendencia hebrea, conformada en este caso por la progenie de personajes sospechados de criptojudaimo, aunque nunca hubieran confesado. Entre ellos, aparecen nada menos que Urquiza, Luis María Campos, Argerich, Rosas, Laprida, Alvear, Borges y Anchorena. La antropóloga Ana María Alonso afirma que las metáforas biológicas han conformado uno de los tropos más eficaces a la hora de construir identidades nacionales, como se observa en este puente tendido entre los sefaradíes que llegaron a la América colonial y destacados integrantes del panteón histórico y cultural de la Argentina. Los lazos de sangre también sustentan la tercera hipótesis.

El origen indígena

En una escena del western satírico *Blazing Saddles* (Mel Brooks, 1975), una familia afroamericana que se traslada por el lejano oeste es rodeada por guerreros cherokee. Al notar el color de la piel, el jefe de la tribu, que es interpretado por el mismo Mel Brooks, exclama sorprendido: “Schwartzes! They are darker than us”, (*schwartzes*: “negros” en ídish). El gag se apoya en una idea del siglo XVI, que planteaba que los indígenas americanos podrían ser descendientes de las tribus perdidas de Israel. Los europeos necesitaban *encajar* a América y a sus habitantes dentro de la cosmovisión cristiano-feudal, según la cual toda realidad debía estar contenida en las sagradas escrituras, en las que no se aludía ni al nuevo continente ni a sus habitantes. La idea volvió a emerger entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, cuando las élites americanas comenzaron a elaborar mitologías na-

cionales que recuperaban la figura del indio. Por ejemplo, en *Blasón de Plata*, Ricardo Rojas cita a los curas del siglo XVII para afirmar que los vocablos “México” y “mexica” provienen de *mashiaj* (mesías, en hebreo), y que “Perú”, “Paraná” y “Paraguay” comparten la raíz *pará* (tierra fértil, fructificar). También el arqueólogo Adán Quiroga confeccionó una lista de similitudes entre vocablos del quichua y del hebreo, tomando como antecedente los trabajos del padre Miguel Ángel Mossi, quien en 1880 había afirmado que existían entre unas quinientas y mil voces de la civilización chaco-santiagueña que provenían del hebreo antiguo.

En esa misma línea, pero durante la segunda mitad del siglo veinte, nuevos autores vincularon a los indígenas con las culturas atlánticas. Por ejemplo, el antropólogo nazi radicado en Buenos Aires Jacques de Mahieu ideó una teoría sobre los orígenes vikingos del Paraguay. Fue en esa época que comenzó a realizar su aporte a la causa judeo-indigenista argentina Bernardo Graiver, cuyo trabajo sumaría elementos empíricos de peso. Graiver era autor teatral, lingüista y filólogo autodidacta, conocedor del fenicio y el hebreo antiguos. En 1950, enterado de la existencia de una colección de torteros pertenecientes a la civilización chaco-santiagueña, visitó el museo arqueológico de Santiago del Estero, donde tuvo una epifanía: los torteros (piezas circulares pertenecientes a las ruecas indígenas) contenían palabras grabadas a cincel, y esas palabras estaban escritas en hebreo. Aunque los antropólogos y arqueólogos que consultó le objetaron que la cultura que había construido los torteros era ágrafa, Graiver sostuvo que la civilización chaco-santiagueña encriptaba los textos para ocultarlos de los incas, bajo cuyo imperio estaba prohibida la escritura. Lejos de desdecirse, se propuso hallar otras evidencias, aunque fueran indi-

rectas, que más tarde compiló en *Historia de la Humanidad en la Argentina bíblica y biblónica*. En sus más de quinientas páginas, Graiver describe numerosas homologías entre las culturas indoamericanas y los antiguos hebreos, como la práctica de la circuncisión, el mito del diluvio o la existencia de esculturas de Moisés.

En forma paralela a las investigaciones de Graiver, desde los años sesenta se impuso en la antropología el modelo de poblamiento de América por la vía del puente terrestre de Beringia, que unía Siberia con Alaska. La presencia del Hombre en América fue datada entre 15 y 30 mil años antes del presente. Sin embargo, pasados cuatro años de la publicación del libro de Graiver, Aldo Ottolenghi retomó algunas de sus ideas con una modificación que permitía ajustarla a esas novedades. En *2000 años de prehistoria judía*, afirmaba que los indígenas americanos en realidad descienden de una civilización más antigua, de cuyo tronco común también habría surgido el mundo hebreo. Así se explicarían las numerosas similitudes en prácticas, mitos y representaciones.

Referencias bibliográficas

- AAVV. (1939). *50 años de colonización judía en la Argentina*. Buenos Aires: DAIA.
- AVNI, H. (2005). *Argentina y las migraciones judías*. Buenos Aires: Milá.
- CHERJOVSKY, I. (2017). *Recuerdos de Moisés Ville. La colonización agrícola en la memoria colectiva judeo-argentina (1910-2010)*. Buenos Aires: UAI-Teseo.
- GRAIVER, B. (1968). *2000 años de prehistoria judía*. Buenos Aires: Albatros.
- —. (1980). *Historia de la Humanidad en la Argentina bíblica y bíblonica*. Buenos Aires: Albatros.
- LEWIN, B. (1967). *La inquisición en Hispanoamérica*. Buenos Aires: Paidós.
- MENDELSON, J. (1982). *Génesis de la colonia judía en la Argentina (1889-1892)*. Libreros y Editores del Polígono.
- MIRELMAN, V. (1988). *En búsqueda de una identidad. Los inmigrantes judíos en Buenos Aires 1890-1930*. Buenos Aires: Milá.
- ROJAS, R. (1954). *Blasón de Plata*. Buenos Aires: Losada.

La primera colonia galesa del Chubut

Celia Codeseira del Castillo



Vivienda familia Kansas Jones 1910. Museo Regional Trevelin.

El origen de ese establecimiento, en la actual provincia del Chubut, se remonta a las gestiones iniciadas a mediados del siglo XIX por grupos galeses promotores de la emigración. Para desentrañar algunos aspectos relacionados con la planificación del emprendimiento y el establecimiento de los colonos, se debe considerar que hasta mediados del siglo XIX los valles galeses eran habitados por agricultores. Pero el escenario cambió con el desarrollo de la minería. La transición de una economía agrícola a una industrial se produjo en Gales y en Gran Bretaña antes que en el resto del mundo. Ese proceso comenzó en las últimas décadas del siglo XVIII cuando la explotación a gran escala incidió desfavorablemente en la vida rural. Las zonas rurales se urbanizaron progresivamente y las tejedurías y las minas de carbón se extendieron por todo el país. Entonces, los campesinos se vieron obligados a abandonar sus tierras. Así fue que del 80% de los habitantes que vivían en asentamientos rurales en 1801, se pasó a un 20% a fines del siglo XIX.

Paralelamente a la situación descripta se produjo una gran agitación social. Los obreros adherían al *cartismo* porque pensaban que al sancionarse la Constitución las condiciones laborales podrían acortar la brecha entre ricos y pobres. Por otro lado, en materia religiosa, el surgimiento del metodismo jugó un papel importante en el desarrollo de los gremios. La influencia de las capillas se extendió entre los obreros industriales y los mineros. Las tensiones que se dieron entre campesinos que hablaban galés –protestantes “no conformistas” y liberales– y los terratenientes que hablaban inglés –anglicanos y conservadores en cuestiones políticas– aceleraron la búsqueda de soluciones. Entonces, para preservar la religión, el idioma y sus tradiciones que se diluían ante las imposiciones británicas surgió la idea de

establecer una Gales políticamente independiente en otro continente. El sur de Gales tenía un alto índice de natalidad y fue la región que más sintió la influencia de las migraciones internas. Además, recibió población proveniente de Inglaterra e Irlanda.

Para nuestro país el caso galés corresponde a lo que se conoce como *migraciones tempranas* que se dieron después de la Batalla de Caseros (1852), cuando cambia el papel del Estado. Fue así que los gobiernos de la Confederación y de Buenos Aires buscaron promover la emigración utilizando dos instrumentos: el primero dictó una Constitución e inició negociaciones para establecer colonias; el segundo creó y subvencionó en 1854 una Comisión de Inmigración y un precario asilo para inmigrantes.

Proyectos colonizadores

La idea de emigrar surgió simultáneamente en el mismo país de Gales y en los Estados Unidos de América donde algunos inmigrantes se habían establecido previamente. Existen antecedentes muy remotos de fundación de colonias en Norteamérica. Es el caso de William Penn, que en 1682 fundó una. Muchos galeses lo acompañaron y se establecieron en el territorio de Pensilvania. A partir de 1701, sobrevino otra oleada de inmigrantes dirigidos por su propio pastor. El pionero Lewis Jones refiere que en la época de la independencia de los Estados Unidos de América (1776) tomó cuerpo un plan para fundar una colonia galesa. Se suponía que teniendo ese país un sistema de gobierno federal les ofrecería óptimas posibilidades para concretarla.

Fueron los galeses asentados en San Francisco (EE.UU.) los primeros que pensaron en la Patagonia, considerando que el aislamiento

del lugar garantizaría la conservación de su etnicidad. Esas noticias provenían de la colonia Nueva Cambria en el estado de Río Grande del Sur (Brasil), donde Thomas Benbow Phillips enfatizaba que en la Patagonia argentina existían lugares ideales para instalar un establecimiento galés.

Otros pioneros, como el Rev. Michael D. Jones desde Gales, y Hugh Hughes, Lewis Jones y Evan Jones desde Liverpool (Inglaterra), regenteaban otra asociación. Para apoyar el proyecto, Hugh Hughes publicó el librito *Manual de la Colonia Galesa*, donde afirmaba que el clima y el paisaje patagónico eran similares a los de Gales. Él veía ese lugar como ideal para evitar la interferencia del Estado argentino en la vida secular y religiosa de los futuros colonos. Finalmente, Love Jones Parry, que era miembro del Parlamento británico, y Lewis Jones junto a otros compatriotas, planificaron el proyecto y viajaron a Buenos Aires en 1863 para iniciar las negociaciones y lograr la autorización para buscar un lugar aislado en la Patagonia para establecer la Colonia. Tras el reconocimiento del terreno, regresaron satisfechos y quedaron a la espera de la aprobación del anteproyecto por parte del Congreso argentino y la Sociedad de Emigración Galesa de Liverpool. Como el período de sesiones se había cerrado, el ministro Rawson, autorizado por el presidente Bartolomé Mitre, les ofreció otorgar tierras públicas en propiedad a toda familia que se estableciera sobre las estas.

Posteriormente, y luego de muchas discusiones, el proyecto fue desaprobado por el Congreso. El senador Félix Frías, que era católico, presentó una exposición muy extensa en la que se oponía al proyecto alegando que los futuros colonos no eran católicos y esgrimiendo argumentos de política exterior, ya que los ingleses ocupaban las Islas

Malvinas desde 1833. Mariano Fragueiro, que en un principio había firmado el proyecto, decidió votar en contra debido a la insistencia de los gobiernos de Francia e Inglaterra, que exigían que los nacidos en nuestro país conservaran esas nacionalidades. Madariaga consideraba que la nación argentina dejaría de existir si se consentía el establecimiento de colonias de súbditos franceses, ingleses y norteamericanos. Valentín Alsina estimaba el proyecto como peligroso por la cuestión de Malvinas, que era un ejemplo claro de que el derecho no había valido ante Inglaterra. Sin embargo, cinco senadores, entre los que se destacó Cullen, votaron a favor argumentando que, en cuanto a la religión, lo ideal era fomentar la inmigración de colonos católicos pero, de ser eso imposible, no debería cerrarse la puerta a otras confesiones. Sin embargo, lo que desconocían nuestros parlamentarios era la resistencia de los ideólogos galeses a la dominación británica que habían sufrido en carne propia, no solo desde lo económico sino que comprendía otras áreas como lo religioso, social, cultural y político.

Finalmente, después de numerosas discusiones en el Congreso Nacional, los galeses cruzaron el océano buscando nuevas oportunidades en la meseta patagónica. El 25 de mayo de 1865, partieron desde el puerto de Liverpool en el velero Mimosa 153 galeses, que arribaron al Golfo Nuevo (Puerto Madryn) 65 días después. Fue un viaje directo sin recalcar en Buenos Aires. El grupo estaba integrado por personas de ambos性es y de distintas edades que llegaban a los 60 años. Ejercían variados oficios y profesiones: eran mineros, obreros del carbón, un maestro, agricultores, predicadores, un pastor, un zapatero, un almacenero, un sastre, un ladrillero y un tendero. Todos ellos pertenecían a las distintas denominaciones religiosas del No conformismo protestante y fueron disidentes del Anglicanismo que



Festejos del 16 de Octubre en cercanías a la Capilla Bethel, c. 1926. Museo Regional Trevelin.



Enfardando alfalfa en la chacra de John Richard Roberts junto a su esposa e hijos (paraje Treorcky), ca. 1910. Museo Histórico Regional de Gaiman.



Gaiman Intermediate School, 1906. Museo Histórico Regional de Gaiman.

Weber y Sra. en cercanías al Molino Andes. Museo Regional Trevelin.

era la iglesia oficial de Inglaterra. El Rev. Abraham Matthews acompañó a esos primeros colonos.

El emprendimiento galés se inició con grandes dificultades, las que se fueron superando gracias al esfuerzo y la perseverancia de los colonos, dos cualidades asociadas a sus raíces calvinistas. Aunque la inmigración galesa fue minoritaria, el asentamiento de los colonos galeses en el valle del río Chubut marcó el inicio de la ocupación efectiva de la Patagonia por las autoridades nacionales.

Desde 1869 la colonia vivió aislada, sin recibir noticias del exterior hasta 1871 cuando arribó la nave de guerra Cracker para tomar conocimiento sobre la situación de los colonos. Al aislamiento contribuyó la ausencia del gobierno nacional, ya que la Argentina estaba involucrada en la Guerra del Paraguay (1865-1870) en la que formaba parte de la Triple Alianza junto a Brasil y parte del Uruguay. La única excepción a esa incomunicación fue en 1870 cuando el líder étnico Lewis Jones regresó a la Patagonia desde Newport (Gales) a bordo del Myfanwy con un reducido número de colonos.

Los flujos migratorios

A principios de 1872 partieron 29 colonos en la nave Rush desde los Estados Unidos de América con destino a Buenos Aires, pero un temporal obligó a cambiar la dirección del barco que recaló en el puerto de Montevideo, lugar donde los pasajeros se dispersaron.

Un segundo contingente salió en el Electric Spark desde Nueva York el 14 de febrero de 1874, también con destino a Buenos Aires. Transportaba 36 inmigrantes de origen galés pero naufragó en la costa brasileña. Aunque todos los pasajeros, en su mayoría matrimonios

jóvenes con hijos, y solteros entre veinte y treinta años, se salvaron, perdieron en el naufragio todos sus elementos de trabajo. Más tarde fueron rescatados por el Hipparchus, que llevaba 49 galeses desde Liverpool a Buenos Aires, y trasladados al puerto de destino donde se encontraron con otros 150 colonos que llegaban de Gales. Los dos grupos se alojaron en la Casa del Inmigrante a la espera de un barco que los trasladara al Chubut. A su regreso a los Estados Unidos, el capitán del Electric Spark logró que se adquiriera la nave Lucerna que fue despachada a Chubut con inmigrantes procedentes de la colonia galesa de Pensilvania. Ellos fueron alojados en la Casa del Inmigrante a la espera de su traslado al Chubut. Para ese entonces, la situación económica en Gales había mejorado, por lo que los nuevos colonos provenían tanto de los Estados Unidos como de Gales, y a diferencia de los anteriores, pudieron viajar con sus ahorros. Así llegaron chacareros con experiencia y tres predicadores congregacionalistas.¹

Durante 1875, previa promoción realizada en Gales por Edwin Roberts y Lewis Davies, llegaron 500 colonos más, enviados por la Compañía Galesa de Colonización y Comercio. Aunque la mayoría contaba con medios para su propio sustento, hubo un grupo minoritario integrado por familias humildes que no podían afrontar los gastos del viaje. Se resolvió solicitar ayuda al gobierno argentino. Hubo gestiones con la Compañía Lampert y Holt, de Liverpool, para que pudieran obtener pasajes más económicos. Por ese motivo, el grupo no constituyó un solo contingente sino que viajaron en pequeños grupos, de acuerdo al cupo de pasajes otorgados. El fracaso económico

¹ Iglesia congregacional es cualquier iglesia cristiana protestante de origen calvinista que maneja sus propios asuntos de manera independiente y autónoma.

co del bienio 1876-1877 desilusionó a los colonos instalados dos años antes y muchos abandonaron la colonia.

En 1886 arribaron 300 contratados para la construcción del ferrocarril Puerto Madryn-Gaiman. Durante el período 1899-1902 hubo grandes pérdidas en la Colonia ocasionadas por las graves inundaciones, lo que provocó que algunos galeses desearan emigrar. Excepcionalmente, en 1901 arribó un grupo minoritario.

Al año siguiente 234 colonos emigraron desde la colonia a Canadá en busca de mejores oportunidades. En el año 1903, ochenta personas abandonaron la colonia con destino a la Isla Choele-Choel, (Río Negro) donde establecieron la colonia Tierra de Aldea.

El último contingente de 120 personas llegó en 1911. Al declararse la Primera Guerra Mundial, en 1914, la corriente inmigratoria se interrumpió. Luego, el arribo de galeses se hizo en forma esporádica.

Consideraciones finales

Como se pudo apreciar, la inmigración galesa en la Argentina no fue numerosa, alcanzó un promedio de 3000 personas y llegó a 3747 habitantes en 1895. A pesar de las dificultades iniciales, por su vocación de trabajo y su profunda religiosidad, salieron adelante.

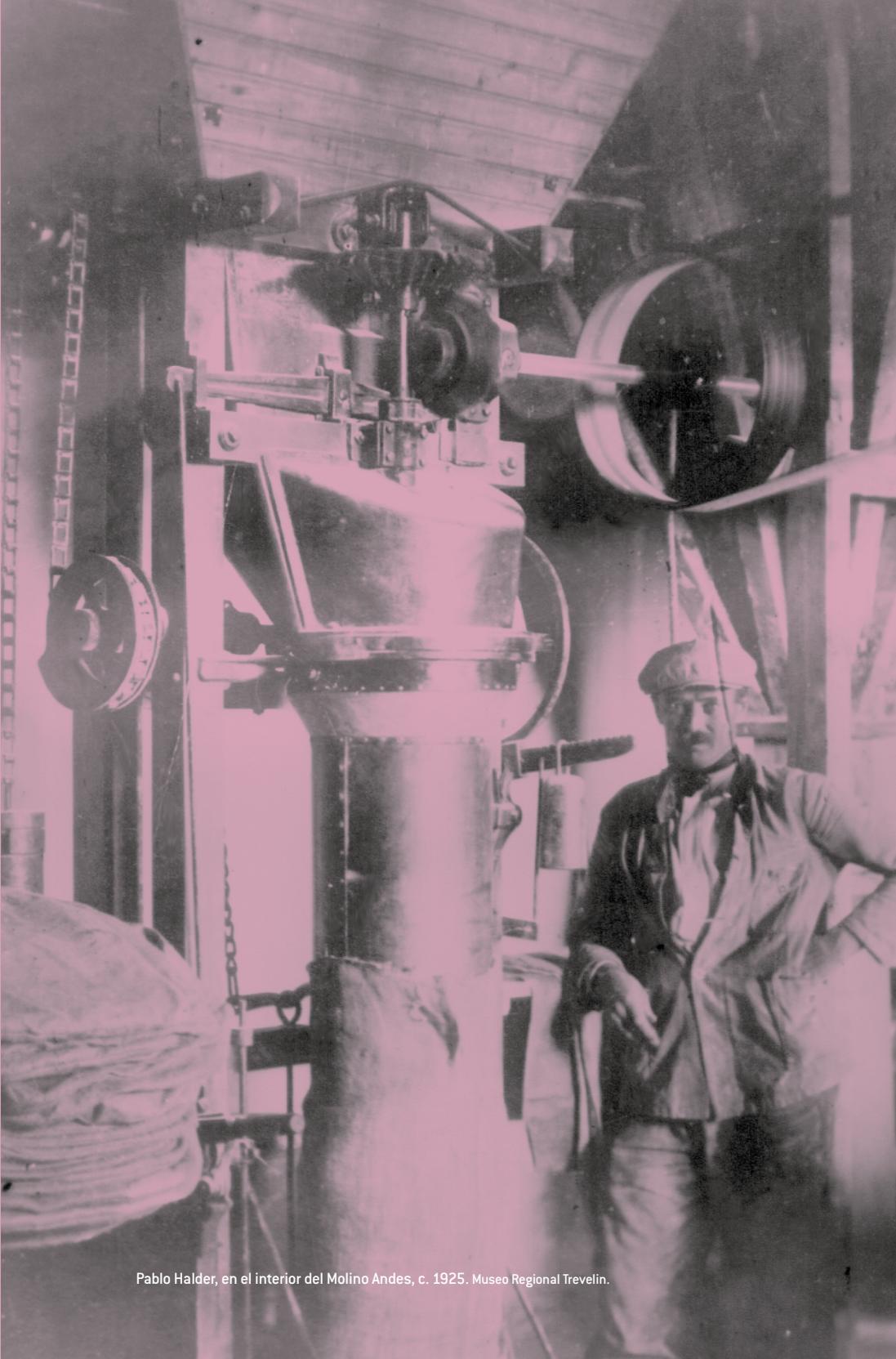
Después de la campaña contra el indio (1878-1885) fueron llegando inmigrantes de otras nacionalidades (italianos, españoles, argentinos, alemanes, sirios y libaneses, por ejemplo). Eso generó un comportamiento matrimonial exogámico entre los tres primeros grupos que fue diluyendo sus tradiciones.

Al llegar el Centenario del Desembarco (1965) sintieron la necesidad de recuperar el patrimonio material e inmaterial heredado de

sus mayores. Así renació el Eisteddfod, que es un festival literario-musical inspirado en las antiguas tradiciones celtas y los conciertos de Canto Congregacional en las capillas. En la actualidad, la lengua galesa se conserva y sirve como vínculo transmisor del patrimonio, constituyendo un lazo de unión entre el pasado y el presente.

Referencias bibliográficas

- CODESEIRA DEL CASTILLO, C. (2022). *Las mujeres de la primera Colonia Galesa del Chubut. Desde la sumisión al reconocimiento social 1880-1965*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- — (2021). *El vestido tradicional de las mujeres galesas. Su difusión en las colonias del Chubut*. Buenos Aires: De los Cuatro Vientos.
- HUGHES, W. (1993) [1927]. *A orillas del río Chubut en la Patagonia*. Rawson: El Regional.
- MATTHEWS, A. (2004) [1894]. *Crónica de la Colonia Galesa en la Patagonia*. Buenos Aires: Alfonsina.
- RHYS, W. C. (2000). *La Patagonia que canta*. Buenos Aires: Emecé.



Pablo Halder, en el interior del Molino Andes, c. 1925. Museo Regional Trevelin.

BARATTELLI



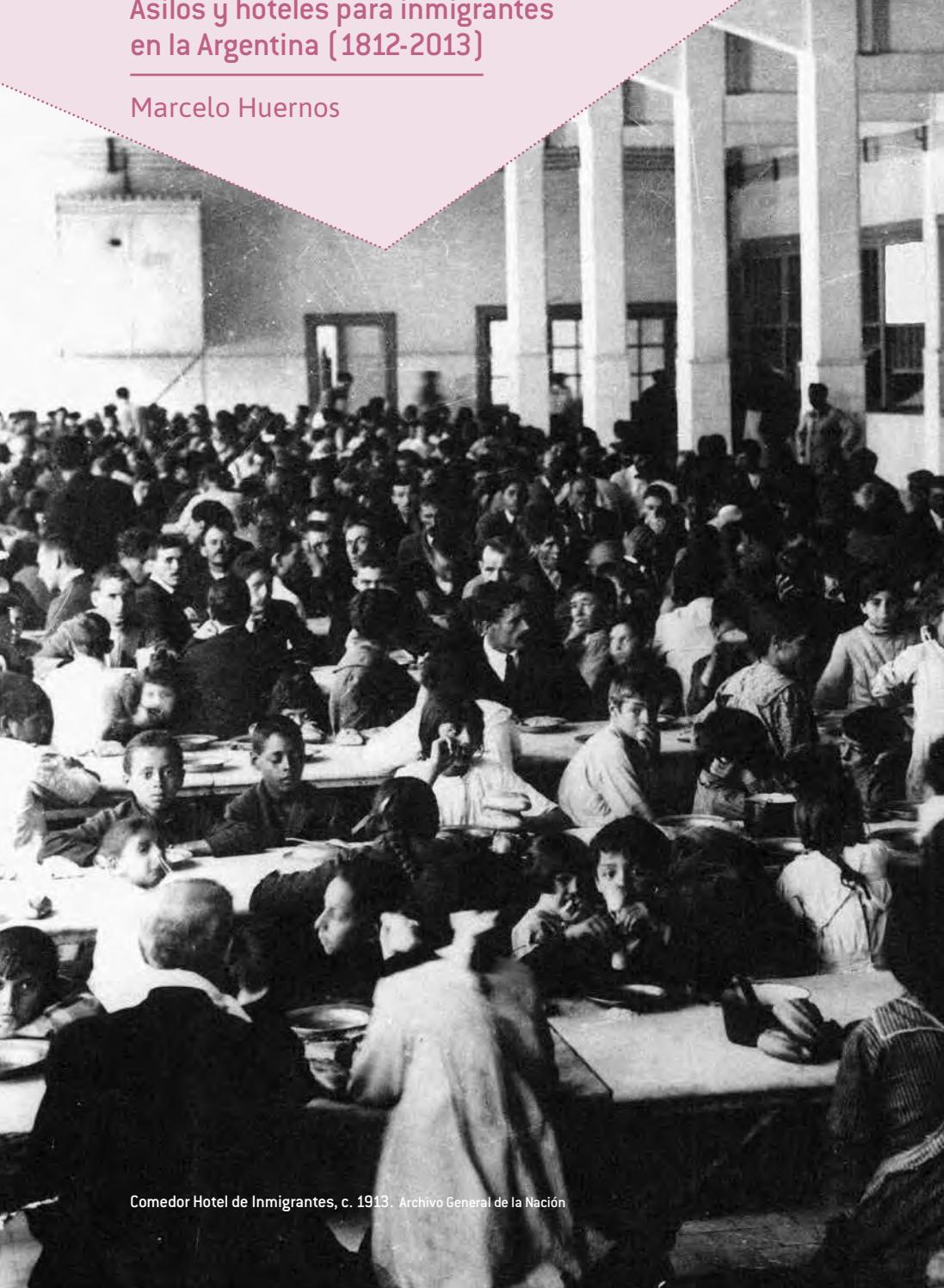


Comercio de Ramos Generales Criado y San Martín, c. 1930. Museo Regional Trevelin.

La hospitalidad empieza por casa

Asilos y hoteles para inmigrantes
en la Argentina (1812-2013)

Marcelo Huernos



Comedor Hotel de Inmigrantes, c. 1913. Archivo General de la Nación

Sobre la puerta, en la entrada sur del enorme edificio de tres plantas, ubicado al borde del Río de la Plata, está anunciado su destino: *Hotel de Inmigrantes*. Millones de personas fueron acogidas allí. Todos ellos habrán podido ver su solidez en contraste con las construcciones efímeras que aparecían y desaparecían periódicamente sobre la costa. También se habrán sorprendido cada mañana al ver cómo se desmaterializaba con la intensa luz del sol haciendo estallar los ventanales que miran al este, o al atardecer mientras observaban las largas proyecciones de reflejos de las ventanas orientadas al oeste. Noventa metros de corredores que en cada piso conducían a los cuatro grandes dormitorios. Una experiencia que hoy es posible recrear al recorrerlo, así como al observar el desgaste del mármol en las decenas de escalones que llevan de una planta a la otra, en las miles de baldosas amarillentas que tapizan sus suelos y en los azulejos blancos que expanden la luminosidad de cada jornada.

Estas huellas de una experiencia de hospitalidad y clara política de acogida son las que aún hoy pueden leerse impresas en la memoria del edificio que aloja al MUNTREF Museo de la Inmigración y Centro de Arte Contemporáneo para la Diversidad Cultural, ubicado en la ciudadela que todavía forma parte de la gestión de los tránsitos y las migraciones en la Argentina, ya que siguen funcionando en los edificios del entorno del viejo hotel las oficinas de la Dirección Nacional de Migraciones.

El Hotel de Inmigrantes tiene el privilegio de enfrentar el horizonte extendido que ofrece el Río de la Plata y más allá la imaginación de su encuentro con el mar, de recibir los embates de las sudestadas y los azotes del sol en los largos veranos porteños. Su soledad habla de su historia y su misión, de una política precisa de la que este edificio es

un alto punto de arribo. Por eso, este artículo recorrerá las experiencias anteriores hasta llegar a su construcción y actual condición de museo y, entre otras cosas, único edificio de acceso gratuito en el que el paseante de Buenos Aires puede dialogar con el río.

Los asilos y hoteles de inmigrantes. Primeras experiencias

La baja densidad de población ha sido, desde el punto de vista demográfico y de ocupación del territorio, una de las marcas de nuestro país. Esto repercutió sobre las actividades agrícolas y las manufacturas urbanas, que para suplir ese déficit recurrieron durante el periodo colonial a la utilización de mano de obra esclava –la mano de obra indígena solo se pudo utilizar en regiones como el noroeste, Cuyo y la zona de las misiones jesuíticas–.

A tres siglos del inicio de la conquista española, muchos espacios seguían estando en manos de las tribus indígenas. Esto motivó a las élites gobernantes a llevar adelante una guerra contra estos grupos, entendida como una “campaña al desierto”, que obviamente no era tal. El objetivo fue incorporar esas tierras al estado argentino para luego repartirlas discrecionalmente entre aquellas familias privilegiadas que pagaron anticipadamente por ellas. Al finalizar esta campaña, y como parte de una política de blanqueamiento de la sociedad en pos de “mejorar la raza argentina”, se llevó adelante una fuerte campaña de atracción de inmigración europea. Para poder recibir a estas personas se sancionaron una serie de leyes entre las cuales destacan la Ley de Ciudadanía de 1869 y la Ley de Inmigración y Colonización de 1876. A partir de entonces el estado buscó auxiliar a los que querían inmigrar. En primer lugar, se construyó el puerto de Buenos Aires

para permitir la entrada de buques transatlánticos y paralelamente se buscó mejorar las condiciones de recepción de los recién llegados.

En 1825 el Reglamento de la recién creada Comisión de Inmigración estipulaba la disposición de una casa cómoda para los recién llegados, donde estarían alojados y alimentados por quince días mientras buscaran ocupación; una vez asentados, tenían la obligación de reintegrar los gastos. Los primeros que hicieron uso de estos servicios fueron unos inmigrantes llegados de Gran Bretaña, para lo cual se adecuaron unas habitaciones en el convento de los Recoletos –este fue el primer “hotel de inmigrantes”-. En 1833 se volvieron a utilizar sus instalaciones para alojar a un contingente de inmigrantes de Canarias. No obstante esto, muchas veces los inmigrantes quedaban desamparados ante los incumplimientos tanto del Estado como de los empresarios colonizadores que los traían.

En los años siguientes continuaron llegando inmigrantes en cantidades apreciables: para 1854 había en la provincia de Buenos Aires 25.000 franceses, 22.800 británicos incluyendo 4000 norteamericanos, 15.000 italianos y 20.000 españoles, muchos de los cuales utilizaron sus propias redes de relaciones y recursos para su establecimiento.

Luego de la caída de Rosas se produce la secesión de la provincia de Buenos Aires de la Confederación hasta 1862, cuando se reunifica. Durante este periodo el Estado de Buenos Aires sanciona una ley de inmigración (1854) que instituye la Comisión de Inmigración, la que enviaba a la Fonda de Jacotin en la calle de La Merced (hoy Reconquista) a los inmigrantes, donde se les brindaba tres días de alojamiento y manutención. Pero al poco tiempo y para dar una respuesta más adecuada, se alquila un edificio en la calle Corrientes 8 –en la



Anterior Hotel de Inmigrantes (conocido como la Rotonda), c. 1890. Archivo General de la Nación



esquina con la calle 25 de mayo– al que se denomina Asilo de Inmigrantes. Si bien las condiciones dejaban mucho que desear se inician trabajos para adecuar el edificio, que podía albergar a 200 hombres y 100 mujeres. Este siguió funcionando durante los siguientes años mientras la comisión solicitaba al gobierno contar con un local propio que tuviera las condiciones adecuadas.

Las cuestiones sanitarias tenían un enorme peso en la urgencia por construir el edificio. Las epidemias que azotaron la ciudad, como la fiebre amarilla en 1871, habían llevado a la creación de la Comisión de Obras de Salubridad que en 1873 cerró el Asilo de la calle Corrientes e instaló uno provisorio en Palermo, el cual a su vez fue cerrado por la aparición de casos de cólera. Entonces fueron trasladados a una quinta vecina hasta que la aparición de la enfermedad en ese lugar obligó a trasladarlos al interior y a otras propiedades alquiladas en la ciudad. El concepto de “foco infeccioso”, en boga entre los profesionales de la medicina en ese momento, llevaba al cierre de los diferentes alojamientos con la esperanza de detener el contagio. Superada la coyuntura se reabrió el edificio de la calle Corrientes en 1873.

En vista de la inadecuación de ese inmueble y dada la postergación en el inicio de la construcción del nuevo hotel, se buscó un lugar que pudiera ser reacondicionado en poco tiempo. En la zona de la actual Plaza San Martín se levantaron unas construcciones de madera con la idea de que durara un año; sin embargo, funcionó hasta 1882.

En 1881 el gobierno nacional decide trasladar el Asilo de Inmigrantes al local que había sido sede de la Exposición artística e industrial italiana (calle Cerrito entre Juncal y Arenales). En poco tiempo las instalaciones resultaron insuficientes dado el enorme caudal inmigratorio. Con la epidemia de cólera de 1884 los inmigrantes fueron

derivados a unas barracas en las cercanías de los bosques de Palermo (hoy predio de la Sociedad Rural Argentina). Una vez finalizada la epidemia se retomó el uso del edificio de Cerrito, que fue finalmente desactivado en 1888.

En paralelo, en 1884 se habían alquilado unas instalaciones en la localidad de San Fernando y en 1887 en el “Caballito” (a unos cinco kilómetros del centro), en la quinta de Ocantos –ubicada entre las actuales Av. Rivadavia, Centenera, Cachimayo y Av. Juan B. Alberdi–, que funcionaron para descongestionar el sitio del centro de la ciudad. A la vez, en esos años se decidió la construcción de once hoteles para entre 500 y 1000 personas en el interior del país.

El gobierno nacional seguía teniendo en carpeta el proyecto de un asilo de inmigrantes definitivo. En 1883 se habían aprobado los planos y presupuestos, se había elegido el lugar de emplazamiento en la manzana comprendida por las calles Paseo Colón, Balcarce, San Juan y Comercio (hoy Humberto Iº), predio donde había funcionado el Hospital de Hombres. El nuevo proyecto fue cuestionado por su emplazamiento y muchos de los consultados aconsejaron ubicarlo en una zona hacia el norte (Retiro) más lejos de las viviendas particulares, por cuestiones de salubridad.

En 1885 se había establecido un Panorama en la zona de Retiro. Los Panoramas eran construcciones cilíndricas con una plataforma en el centro, en la pared circular se pintaban escenas de algún suceso importante que podía ser histórico o contemporáneo, entre la pared y la plataforma se le agregaban elementos reales o escenográficos que daban mayor sensación de veracidad; fue una atracción muy visitada antes de la aparición del cine. En Buenos Aires existieron varios a lo largo de varias décadas, entre los cuales cabe destacar los

que se realizaron para el centenario de la Declaración de la Independencia, que recreaban importantes batallas. Hacia 1887 fue desactivado y el edificio, hecho de hierro y madera, quedó disponible para otros fines.

Para ese momento el proyecto del Hotel de Inmigrantes de San Telmo había sido abandonado, el de la calle Cerrito era insuficiente y el de Caballito había finalizado su contrato de alquiler. Entonces el gobierno dio orden al ingeniero Stavelius del Departamento de Ingenieros para las obras de refacción del edificio del Panorama, a ser utilizado como Hotel de Inmigrantes. En enero de 1888 se dio posesión al Comisario General de Inmigración del edificio para el inicio de las obras que fueron terminadas a mediados de ese año, con la construcción además de un edificio rectangular donde se encontraban las cocinas, comedor, servicios sanitarios y baños, oficinas de administración, los patios y un tanque de agua. Este edificio es el primero del cual tenemos fotografías que nos permiten recrear la vida de los inmigrantes en los primeros días de su llegada al país.

En las Memorias de la Dirección de Inmigración de ese año ya se deja asentada la insuficiencia de este hotel para albergar a los inmigrantes que llegaban en cantidades cada vez mayores. Debido a esta afluencia creciente se vuelve necesario emprender obras de mejoramiento con bastante frecuencia. A fin de mejorar la utilización del edificio y hacer más eficientes las mejoras, se envía al ingeniero Stavelius a los Estados Unidos para que se interiorice en los construidos en ese país, no solo desde el punto de vista arquitectónico sino también en la administración y el funcionamiento. En paralelo se vuelve a instalar el tema de la construcción de un edificio definitivo en el que pudieran instalarse hasta diez mil inmigrantes: debía prever estación

de ferrocarril, hospital, departamento de policía y bomberos, oficina de correo, administración, jardines y muchos otros servicios. Sin embargo, las diferentes propuestas van siendo relegadas y el hotel conocido como de la “Rotonda” seguiría prestando sus servicios hasta la inauguración del hotel definitivo.

El Hotel de Inmigrantes

Recién en 1905 en Acuerdo de Ministros se aprueba el proyecto presentado por la Dirección de Inmigración y Colonización para la construcción del nuevo hotel, cuyos planos fueron preparados por el Ministerio de Obras Públicas de acuerdo con las directivas de la Dirección de Inmigración. Este nuevo proyecto, que sería el definitivo, preveía la construcción de un desembarcadero para atender a los recién llegados. El predio elegido fue el ubicado en la Dársena Norte, entre Puerto Madero y Retiro, que en aquella época se encontraba aislado del tejido urbano, circundado de baldíos y próximo a las vías del ferrocarril. La superficie adquirida abarcaba unos 27.000 m², y su aislamiento respecto a las zonas de viviendas tranquilizó a los vecinos que creían que los recién llegados traerían epidemias y enfermedades. Las obras comenzaron inmediatamente con la construcción del desembarcadero, inaugurado a fines de 1907 y se las encaró siguiendo los cánones de la arquitectura higienista. La disposición de los pabellones alrededor de una plaza central permitía la correcta aireación de todo el espacio y brindaba la posibilidad de que las personas pudieran estar en un lugar soleado evitando la aglomeración. El proyecto preveía la dirección y oficinas de trabajo al frente; a continuación, el hospital y los lavaderos; y cerrando el perímetro, dos edificios destinados

a comedor y dormitorios. A su vez, una avenida central que atravesaba de manera perpendicular el desembarcadero unía los distintos pabellones con los jardines.

El proyecto, que había sido programado para ser terminado en veinte meses, se prolongó por seis años. En 1911 ya estaban terminados y funcionando el desembarcadero, el hospital, los lavaderos y los edificios de Administración. Quedaban pendientes el comedor y los dormitorios, iniciados ese mismo año, por lo que el Hotel de Inmigrantes fue finalizado un año y medio después, aunque en enero de 1911 se dio por inaugurado con una celebración a la que asistió el presidente Roque Sáenz Peña acompañado por una gran comitiva, en un festejo abierto a la comunidad.

El desembarcadero era un edificio con una estructura metálica, techo de chapa y paredes de material en un estilo francés con mansarda. En la parte central estaba la administración, prefectura, sanidad y aduana, y a sus costados dos galpones utilizados como sala de espera y revisión de equipaje.

Luego del desembarcadero se terminaron las obras de la Oficina de Trabajo, que se encontraba sobre el frente de la avenida interna. Allí se realizaban todas las gestiones dirigidas a encontrar trabajo a los recién llegados y se gestionaba el traslado gratuito al destino final. Además de estas actividades la oficina servía de depósito para equipaje, expedición de pasajes y propaganda. Luego extendió sus funciones y desde allí se editaban folletines mensuales que eran distribuidos por los consulados; también realizaban proyecciones filmicas que mostraban las condiciones del país, después proyectadas en el comedor del Hotel, que podía albergar a más de mil personas. Hacia 1913 también contaba con salas destinadas a la exposición de máquinas

agrícolas y la enseñanza de su funcionamiento para los hombres, una oficina de colocación de mujeres y otra de intérpretes.

En 1908 se inauguró el edificio de la Dirección, de dos plantas. En la planta baja funcionaba una sucursal del Banco de la Nación Argentina donde los inmigrantes podían cambiar divisas; se evitaba así que fueran víctimas de los estafadores. Ese mismo año se terminaron las obras de la Administración, Oficina de Pasaportes, Correos y Telégrafos, Oficina de Informaciones y otras dependencias. Al año siguiente se iniciaron las obras del hospital, baños y lavaderos. El hospital cercano a los jardines y en paralelo al desembarcadero había sido construido con un criterio higienista. El edificio fue realizado en tres bloques de dos pisos que se enlazan a un corredor central, equipado con los elementos más modernos de la época; salas de guardia y farmacia en planta baja, y sectores de internación, cirugía y rayos en planta alta. Aunque el hospital tuvo carácter nacional su función principal era atender a los recién llegados que sufrieran alguna enfermedad relacionada con el viaje, las penurias o la mala alimentación.

El edificio que hoy conocemos como Hotel de Inmigrantes sobresale en el conjunto por sus características. Fue el último en ser construido y es el más grande de todo el complejo: cubre una superficie de 90 m de largo por 26 m de ancho. Se trata de uno de los primeros edificios de la ciudad hecho en hormigón armado, con el comedor, la cocina y sus dependencias ubicados en planta baja y en las tres plantas superiores los dormitorios. Estos son cuatro en cada piso con capacidad para 250 personas cada uno. Cada piso superior se articula a lo largo de un corredor y un crucero en el medio, una doble hilera de ventanas permite la correcta ventilación y las paredes azulejadas hasta 1,80 m permiten una fácil limpieza de todas las instalaciones.



1.



2.



3.



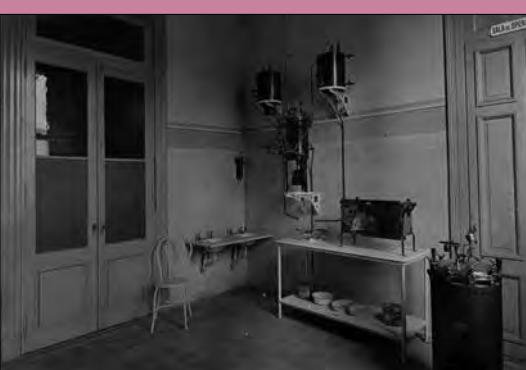
4.



5.



6.



7.

Hotel de inmigrantes, c. 1910.
Archivo General de la Nación

1. Comedor provvisorio.
2. Frente del edificio de dirección.
3. Vista del interior del predio.
4. Vista de los jardines.
5. Depósito de la aduana.
6. Vista del frente del desembarcadero.
7. Hospital.

A partir del momento en que el complejo comenzó a funcionar fue mucho más fácil para las autoridades inmigratorias poder realizar las tareas de control y estadística. El proceso se iniciaba cuando el barco atracaba y una junta subía a verificar que la documentación de la nave y de los pasajeros estuviera en orden. A continuación se realizaba un control sobre las condiciones higiénicas del barco y sanitario sobre los pasajeros para verificar que no portaran ninguna enfermedad, tras lo cual se los declaraba aptos para el desembarco. La legislación argentina prohibía el ingreso a personas afectadas por enfermedades contagiosas, inválidos, dementes o sexagenarios.

Una vez autorizados a bajar del barco, los inmigrantes se dirigían al desembarcadero donde realizaban los trámites de migraciones y aduana. A partir de ese momento, aquellos que tenían su red de relaciones ya establecida en el país salían por la calle del desembarcadero hacia el exterior mientras que los que querían hacer uso del beneficio del Hotel de Inmigrantes, que cubría en forma gratuita cinco días de alojamiento, comidas y traslado al destino final, cruzaban la calle interna y el portón hacia el predio.

Una vez establecidos, los huéspedes estaban sujetos a una disciplina estricta de horarios y actividades. Las celadoras los despertaban a las seis de la mañana para el desayuno, que se hacía por turnos de 700 personas. Una vez finalizado las mujeres se dedicaban a las tareas de cuidado, mientras los hombres tramitaban su colocación en la oficina de trabajo o trabajo y alojamiento en la ciudad; todos podían entrar y salir. Entre las diez y las once sonaba el primer toque de campana que daba comienzo a los turnos del comedor. El menú estaba compuesto de platos como sopas, guisos de carne, puchero criollo, estofado o maíz criollo (la ración asignada a cada adulto por día era de: 600 g de

carne, 500 g de pan, 150 g de verdura, 100 g de arroz y fideos, 25 g de azúcar, 10 g de café y leche para niños). A las tres de la tarde se servía la merienda para los niños, a las seis se daba comienzo a la cena y a las siete ya quedaban abiertos los dormitorios. Luego de la cena se realizaban las proyecciones y conferencias en el comedor acerca de la legislación, historia y geografía argentina, y se enseñaba la utilización de la maquinaria agrícola, que era diferente de aquella que conocían la mayoría de los campesinos europeos.

Este esquema se mantuvo casi sin cambios hasta que el hotel quedó desafectado para su fin específico en 1953. Las variaciones en las cantidades de huéspedes a lo largo de los años en que funcionó estuvieron vinculadas a las políticas del gobierno argentino en algunas coyunturas específicas, como sucedió en los primeros años de la década de 1930, cuando se permitió el alojamiento solo a quienes venían con contrato de colonización. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial el estado argentino volvió a considerar la inmigración como una de las políticas de estado necesarias para el desarrollo del país.

Durante la primera presidencia de Perón se encararon obras de mejoramiento del hotel, el hospital fue completamente modernizado y se hicieron refacciones en el resto de los edificios. La afluencia de inmigrantes en los siguientes años no cubrió las expectativas del gobierno y dada la continua baja en los contingentes el hotel fue desafectado de sus funciones específicas en 1953. La Fundación Eva Perón lo utilizó entonces para dar de comer a los indigentes. Luego del golpe de estado de 1955, el edificio sufrió un proceso de deterioro. Desde la recuperación de la democracia, en 1983, se inició un proceso de revalorización que tuvo su primer hito en 1985, cuando la Dirección de Migraciones creó el Archivo y Biblioteca de la Inmigración; en 1990

se declaró el edificio monumento histórico nacional y en septiembre de 2013 se coronó con un acuerdo de articulación institucional y operativa entre la Dirección Nacional de Migraciones y la Universidad Nacional de Tres de Febrero, por el cual el MUNTREF Museo de la Inmigración y el Centro de Arte Contemporáneo para la Diversidad Cultural abrieron sus puertas con una propuesta desarrollada en el tercer piso del hotel, donde retoman desde una perspectiva museográfica contemporánea la temática de las migraciones tanto históricas como contemporáneas.

Referencias bibliográficas

- DEVOTO, F. (2001). El revés de la trama: políticas migratorias y prácticas administrativas en la Argentina (1919-1949). En *Desarrollo Económico*, n.º 162, vol. 41.
- — (2003). *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- FERRARI, G.; Gallo, E. (comps.) (1980). *La Argentina del ochenta al centenario*. Buenos Aires: Sudamericana.
- OCHOA DE EGUILOR, J.; Valdés, E. (1991). *¿Dónde durmieron nuestros abuelos?* Buenos Aires: Fundación Urbe.
- REGALSKY, A. (2007). De Buenos Aires a la Nación: la construcción de una empresa pública de saneamiento en la Argentina, 1892-1930. Trabajo presentado en el 1º Congreso Latinoamericano de Historia Económica. Montevideo.
- SURIANO, J. (2000). *La cuestión social en Argentina 1870-1943*. Buenos Aires: La Colmena.
- SWIDERSKI, G.; Farjat, J. (1999). *La inmigración*. Buenos Aires: Colección Arte y Memoria Audiovisual.



Hotel de Inmigrantes, c. 1913. Archivo General de la Nación

raentes
e
910

Acerca de los autores

Benjamín Bryce es profesor permanente en el Departamento de Historia de la Universidad de Columbia Británica. También es director del programa de Estudios Latinoamericanos en esa misma universidad y editor del *Journal of the Canadian Historical Association/Revue de la Société historique du Canada*. Es autor de *Ser de Buenos Aires: Alemanes, argentinos y el surgimiento de una sociedad plural, 1880-1930* (Biblos, 2019), *To Belong in Buenos Aires* (Stanford University Press, 2018) y *The Boundaries of Ethnicity* (McGill-Queen's University Press, 2022). Actualmente investiga las políticas migratorias argentinas relacionadas con la exclusión por raza, salud o capacidad física a principios del siglo XX. Ha creado, con el apoyo del MUNTREF Museo de la Inmigración, el museo virtual BridgeToArgentina.com.

Iván Cherjovsky es doctor en antropología por la UBA y profesor en la Universidad Nacional de Quilmes. Integra Latin American Jewish Studies Association y el Área de Investigaciones en Artes del Espectáculo y Judeidad (IAE-UBA). Es autor de *Recuerdos de Moisés Ville* (Teseo, 2017) y de varios artículos académicos acerca de la historia judeoargentina. Codirigió el documental *La Jerusalén argentina* (2019) y dirigió *El exilio de los músicos* (2023).

Celia Codeseira del Castillo es doctora en Historia (UCA), especialista en Historia Social (UNLU), profesora de Historia (CONSUDEC), magíster en Cultura Argentina (INAP) y museóloga (UMSA). Profesora titular de Paleografía y Diplomática y profesora adjunta de Disciplinas Auxiliares de la Historia

(UMSA). También es profesora de Metodología de las Ciencias Sociales en el Instituto del Profesorado Santa Catalina y profesora del posgrado Patrimonio Cultural Hospitalario en el Departamento de Docencia e Investigación del Hospital Rivadavia. Investigadora en el Instituto de Historia del Derecho y en la Comisión de Artes Plásticas del Fondo Nacional de las Artes.

Alejandro Fernández es historiador. Cursó sus estudios de grado en la UBA y es magíster por la FLACSO, con doctorado en la Universidad de Barcelona. Profesor titular en la Universidad de Luján y director de la maestría en Historia Social de esa institución. Ha sido profesor visitante en universidades de Italia, España y Francia. Su campo de investigación es la historia de las migraciones y ha dirigido la prestigiosa revista *Estudios Migratorios Latinoamericanos* del CEMLA. Ha dirigido tesis de grado y posgrado y conduce proyectos de investigación vinculados a la temática. Ha publicado numerosos libros, entre ellos *Un mercado étnico en el Plata: emigración y exportaciones españolas a la Argentina 1880-1935; Migraciones transatlánticas: desplazamientos, etnicidad y política; Historia social argentina en documentos; Las migraciones españolas a la Argentina; Los catalanes y Buenos Aires: inmigración, asociacionismo y prensa; La inmigración española en la Argentina*; además de una gran cantidad de artículos en revistas especializadas nacionales e internacionales.

Marcelo Huernes es profesor de historia, investigador y productor de contenidos del MUNTREF Museo de la Inmigración. Docente en la Universidad

Nacional de Tres de Febrero y profesor en la Universidad de Buenos Aires. Ha producido contenidos para divulgación en formato digital y para TV educativa sobre temas histórico-sociales. Es miembro fundador del Grupo de Estudios Históricos sobre la Guerra. Ha publicado diversos artículos sobre inmigración y exilio antifascista italiano en Argentina en publicaciones nacionales e internacionales.

Cecilia Onaha obtuvo su doctorado en The Graduate University for Advanced Studies (Japón) en 1997, con su tesis *Historia de los inmigrantes japoneses en Argentina. Inmigrantes libres y la formación de la comunidad japonesa* (en japonés). Actualmente es profesora titular de la Cátedra Historia de Asia y África (Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP) y también titular de Historia de la Cultura de Japón en la Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales, USAL. Coordinadora del Departamento de Asia y el Pacífico, Instituto de Relaciones Internacionales, UNLP. Directora del Archivo Histórico de la Colectividad Japonesa en la Argentina (Asociación Japonesa en la Argentina).

Katarzyna Porada es licenciada en Estudios Ibéricos e Iberoamericanos por la Universidad de Varsovia; cursó Máster y Doctorado en Estudios Latinoamericanos en la Universidad Autónoma de Madrid y realizó estancia postdoctoral en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET, Argentina). Es autora de los libros: *Procesos de formación de la identidad étnica de un grupo de origen inmigrante en Argentina. Los descendientes de polacos en Buenos Aires y Misiones*

(2016, Polifemo) y *Cartas de emigrantes 1913-1939* (2018, Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos), así como de varios capítulos y artículos sobre la temática migratoria. Actualmente, trabaja como profesora en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (España).

Eugenia Scarzanella ha sido profesora de Historia de América Latina en la Universidad de Bolonia (Italia). Es autora de numerosos artículos y libros sobre la historia de la inmigración italiana en la Argentina. Entre sus libros traducidos al español, se incluyen: *Ni gringos ni indios. Inmigración, criminalidad y racismo en Argentina* (2003, Universidad Nacional de Quilmes); *Fascistas en América del Sur* (2007, compiladora, Fondo de Cultura Económica) y *Abril. Un editor italiano en Argentina de Perón a Videla* (2016, Fondo de Cultura Económica).

